Ficciones desde Brasil





Una campaña de fomento
a la lectura de la secretaría
de cultura recreación y deporte
y el instituto distrital
de las artes – idartes

Circulación
libro al
viento
Gratuita

FICÇÕES
ficciones desde Brasil

JOAQUIM MARÍA MACHADO DE ASSÍS
AFONSO HENRIQUES DE LIMA BARRETO
GRACILIANO RAMOS
CLARICE LISPECTOR
RUBEM FONSECA
DALTON TREVISAN
NÉLIDA PIÑÓN
MARINA COLASANTI
TABAJARA RUAS
ADRIANA LUNARDI

EDICIÓN CONMEMORATIVA DE BRASIL
COMO PAÍS INVITADO A LA 25ª FERIA
INTERNACIONAL DEL LIBRO DE BOGOTÁ
2012

Alcaldía Mayor Bogotá
Gustavo Petro Urrego, Alcalde Mayor de Bogotá

Secretaría Distrital de Cultura, Recreación y Deporte
Clarisa Ruíz Correal, Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes - Idartes
Santiago Trujillo Escobar, Director General
Bertha Quintero Medina, Subdirectora de Artes
Paola Caballero Daza, Gerente del Área de Literatura
Valentín Ortiz Díaz, Asesor
Paola Cárdenas Jaramillo, Coordinadora de Programas de Lectura
Javier Rojas Forero, Asesor administrativo
Laura Acero Polanía, Asistente de dimensión

Secretaría de Educación del Distrito
Óscar Sánchez Jaramillo, Secretario de Educación
Francisco Cajiao Restrepo, Subsecretario de Calidad y Pertinencia
María Dolores Cáceres Cadena, Director de Educación Preescolar y Básica
Sara Clemencia Hernández Jiménez, Equipo de Lectura, Escritura y Oralidad

Primera edición: Bogotá, abril de 2012

www. institutodelasartes. gov. co

Isbn 978-958-99935-9-0

Asesor editorial: Julio Paredes Castro
Diseño gráfico: Olga Cuéllar + Camilo Umaña
Armada eBook: eLibros Editorial

Contenido

TABAJARA RUAS
1942
Lagoa Blues

ADRIANA LUNARDI
1964
Soñadora

Joaquim María Machado de Assís

Misa de gallo*

* *Missa do galo*.
Traducción de Elkin Obregón

Nunca pude entender la conversación que tuve con una señora hace muchos años; tenía yo diecisiete, ella treinta. Era noche de Navidad. Había acordado con un vecino ir a la misa de gallo y preferí no dormirme; quedamos en que yo lo despertaría a medianoche.

La casa en la que estaba hospedado era la del escribano Meneses, que había estado casado en primeras nupcias con una de mis primas. La segunda mujer, Concepción, y la madre de ésta me acogieron bien cuando llegué de Mangaratiba a Río de Janeiro, unos meses antes, a estudiar preparatoria. Vivía tranquilo en aquella casa soleada de la Rua do Senado con mis libros, unas pocas relaciones, algunos paseos. La familia era pequeña: el notario, la mujer, la suegra y dos esclavas. Eran de viejas costumbres.

A las diez de la noche toda la gente se recogía en los cuartos; a las diez y media la casa dormía. Nunca había ido al teatro, y en más de una ocasión, escuchando a Meneses decir que iba, le pedí que me llevase con él. Esas veces la suegra gesticulaba y las esclavas reían a sus espaldas; él no respondía, se vestía, salía y solamente regresaba a la mañana siguiente. Después supe que el teatro era un eufemismo. Meneses tenía amoríos con una señora separada del esposo y dormía fuera de casa una vez por semana. Concepción sufría al principio con la existencia de la concubina, pero al fin se resignó, se acostumbró, y acabó pensando que estaba bien hecho.

¡Qué buena Concepción! La llamaban santa, y hacía justicia al mote porque soportaba muy fácilmente los olvidos del marido. En verdad era de un temperamento moderado, sin extremos, ni lágrimas, ni risas. En el capítulo del que trato, parecía mahometana; bien habría aceptado un harén, con las apariencias guardadas. Dios me perdone si la juzgo mal. Todo en ella era atenuado y pasivo. El propio rostro era mediano, ni bonito ni feo.

Era lo que llamamos una persona simpática. No hablaba mal de nadie, perdonaba todo. No sabía odiar; puede ser que ni supiera amar.

Aquella noche el escribano había ido al teatro. Era por los años 1861 o 1862. Yo debería de estar ya en Mangaratiba de vacaciones; pero me había quedado hasta Navidad para ver la misa de gallo en la Corte. La familia se recogió a la hora de costumbre, yo permanecí en la sala del frente, vestido y listo. De ahí pasaría al corredor de la entrada y saldría sin despertar a nadie. Había tres copias de las llaves de la puerta; una la tenía el escribano, yo me llevaría otra y la tercera se quedaba en casa.

–Pero, señor Nogueira, ¿qué hará usted todo este tiempo? –me preguntó la madre de Concepción.

–Leer, doña Ignacia.

Llevaba conmigo una novela, *Los tres mosqueteros*, en una vieja traducción del *Jornal do Comércio*. Me senté en la mesa que estaba en el centro de la sala, y a la luz de un quinqué, mientras la casa dormía, subí una vez más al magro caballo de D'Artagnan y me lancé a la aventura. Dentro de poco estaba yo ebrio de Dumas. Los minutos volaban, muy al contrario de lo que acostumbran hacer cuando son de espera; oí que daban las once, apenas, de casualidad. Mientras tanto, un pequeño rumor adentro llegó a despertarme de la lectura. Eran unos pasos en el corredor que iba de la sala al comedor; levanté la cabeza; enseguida vi un bulto asomarse en la puerta, era Concepción.

–¿Todavía no se ha ido? –preguntó.

–No, parece que aún no es medianoche.

–¡Qué paciencia!

Concepción entró en la sala, arrastraba las chinelas. Traía puesta una bata blanca, mal ceñida a la cintura. Era delgada, tenía un aire de visión romántica, como salida de mi novela de aventuras.

Cerré el libro; ella fue a sentarse en la silla que quedaba frente a mí, cerca de la otomana. Le pregunté si la había despertado sin querer, haciendo ruido, pero ella respondió enseguida:

–¡No! ¡Cómo cree! Me desperté yo sola.

La encaré y dudé de su respuesta. Sus ojos no eran de alguien que se acabara de dormir; parecían no haber empezado el sueño. Sin embargo, esa observación, que tendría un significado en otro espíritu, yo la deseché de inmediato, sin advertir que precisamente tal vez no durmiese por mi causa y que mintiese para no preocuparme o enfadarme. Ya dije que ella era buena, muy buena.

–Pero la hora ya debe de estar cerca.

–¡Qué paciencia la suya de esperar despierto mientras el vecino duerme! ¡Y esperar solo! ¿No le dan miedo las almas del otro mundo?

Observé que se asustaba al verme.

–Cuando escuché pasos, me pareció raro; pero usted apareció enseguida.

–¿Qué estaba leyendo? No me diga, ya sé, es la novela de los mosqueteros.

–Justamente; es muy bonita.

–¿Le gustan las novelas?

–Sí.

–¿Ya leyó *La morenita*?

–¿Del doctor Macedo? La tengo allá en Mangaratiba.

–A mí me gustan mucho las novelas, pero leo poco, por falta de tiempo. ¿Qué novelas ha leído?

Comencé a nombrar algunas. Concepción me escuchaba con la cabeza recargada en el respaldo, metía los ojos entre los párpados a medio cerrar, sin apartarlos de mí. De vez en cuando se pasaba la lengua por los labios, para humedecerlos. Cuando terminé de hablar no me dijo nada; nos quedamos así algunos segundos. Enseguida vi que enderezaba la cabeza, cruzaba los dedos y se apoyaba sobre ellos mientras los codos descansaban en los brazos de la silla; todo esto lo había hecho sin desviar sus astutos ojos grandes.

"Tal vez esté aburrida", pensé.

Y luego añadí en voz alta:

–Doña Concepción, creo que se va llegando la hora, y yo…

–No, no, todavía es temprano. Acabo de ver el reloj; son las once y media. Hay tiempo. ¿Usted si no duerme de noche es capaz de no dormir de día?

–Lo he hecho.

–Yo no; si no duermo una noche, al otro día no soporto, aunque sea media hora debo dormir. Pero también es que me estoy haciendo vieja.

–Qué vieja ni qué nada doña Concepción.

Mi expresión fue tan emotiva que la hizo sonreír. Habitualmente sus gestos eran lentos y sus actitudes tranquilas; sin embargo, ahora se levantó rápido, fue al otro lado de la sala y dio unos pasos, entre la ventana de la calle y la puerta del despacho de su marido. Así, con su desaliño honesto, me daba una impresión singular. A pesar de que era delgada, tenía no se qué cadencia en el andar, como alguien que le cuesta llevar el cuerpo; ese gesto nunca me pareció tan de ella como en aquella noche. Se detenía algunas veces, examinaba una parte de la cortina, o ponía en su lugar algún adorno de la vitrina; al fin se detuvo ante mí, con la mesa de por medio. El círculo de sus ideas era estrecho; volvió a su sorpresa de encontrarme despierto, esperando. Yo le repetí lo que ella ya sabía, es decir, que nunca había oído la misa de gallo en la Corte, y no me la quería perder.

–Es la misma misa de pueblo; todas las misas se parecen.

–Ya lo creo; pero aquí debe haber más lujo y más gente también. Oiga, la semana santa en la Corte es más bonita que en los pueblos. Y qué decir de las fiestas de San Juan, y las de San Antonio…

Poco a poco se había inclinado; apoyaba los codos sobre el mármol de la mesa y metía el rostro entre sus manos abiertas. No traía las mangas abotonadas, le caían naturalmente, y le vi la mitad de los brazos, muy claros y menos delgados de lo que se podría suponer. Aunque el espectáculo no era una novedad para mí, tampoco era común; en aquel momento, sin embargo, la impresión que tuve fue fuerte. Sus venas eran tan azules que, a pesar de la poca claridad, podía contarlas desde mi lugar. La presencia de Concepción me despertó aún más que la del libro. Continué diciendo lo que pensaba de las fiestas de pueblo y de ciudad, y de otras cosas que se me ocurrían.

Hablaba enmendando los temas, sin saber por qué, variándolos y volviendo a los primeros, y riendo para hacerla sonreír y ver sus dientes que lucían tan blancos, todos iguales. Sus ojos no eran exactamente negros, pero sí oscuros; la nariz, seca y larga, un poquito curva, le daba a su cara un aire interrogativo. Cuando yo subía el tono de voz, ella me reprimía:

–¡Más bajo! Mamá puede despertarse.

Y no salía de aquella posición, que me llenaba de gusto, tan cerca quedaban nuestras caras. Realmente, no era necesario hablar en voz alta para ser escuchado; murmurábamos los dos, yo más que ella, porque hablaba más; ella, a veces, se quedaba seria, muy seria, con la cabeza un poco torcida. Finalmente se cansó; cambió de actitud y de lugar. Dio la vuelta y vino a sentarse a mi lado, en la otomana. Volteé, y pude ver, de reojo, la punta de las chinelas; pero fue sólo el tiempo que a ella le llevó sentarse, la bata era larga y se las tapó enseguida. Recuerdo que eran negras.

Concepción dijo bajito:

–Mamá está lejos, pero tiene el sueño muy ligero, si despierta ahora, pobre, se le va a ir el sueño.

–Yo también soy así.

–¿Cómo? –preguntó ella inclinando el cuerpo para escuchar mejor.

Fui a sentarme en la silla que quedaba al lado de la otomana y le repetí la frase. Se rió de la coincidencia, también ella tenía el sueño ligero; éramos tres sueños ligeros.

–Hay ocasiones en que soy igual a mamá; si me despierto me cuesta dormir de nuevo, doy vueltas en la cama a lo tonto, me levanto, enciendo una vela, paseo, vuelvo a acostarme y nada.

–Fue lo que le pasó hoy.

–No, no –me interrumpió ella.

No entendí la negativa; puede ser que ella tampoco la entendiera. Agarró las puntas del cinturón de la bata y se pegó con ellas sobre las rodillas, es decir, la rodilla derecha, porque acababa de cruzar las piernas. Después habló de una historia de sueños y me aseguró que únicamente había tenido

una pesadilla, cuando era niña. Quiso saber si yo las tenía. La charla se fue hilvanando así lentamente, largamente, sin que yo me diese cuenta ni de la hora ni de la misa. Cuando acababa una narración o una explicación, ella inventaba otra pregunta u otro tema, y yo tomaba de nuevo la palabra. De vez en cuando me reprimía:

–Más bajo, más bajo.

Había también unas pausas. Dos o tres veces me pareció que dormía, pero sus ojos cerrados por un instante se abrían luego, sin sueño ni fatiga, como si los hubiese cerrado para ver mejor. Una de esas veces, creo, se dio cuenta de lo embebido que estaba yo de su persona, y recuerdo que los volvió a cerrar, no sé si rápido o despacio. Hay impresiones de esa noche que me aparecen truncadas o confusas. Me contradigo, me cuesta trabajo. Una de ésas que todavía tengo frescas es que, de repente, ella, que apenas era simpática, se volvió linda, lindísima. Estaba de pie, con los brazos cruzados; yo, por respeto, quise levantarme; no lo permitió, puso una de sus manos en mi hombro, y me obligó a permanecer sentado. Pensé que iba a decir alguna cosa, pero se estremeció, como si tuviese un escalofrío, me dio la espalda y fue a sentarse en la silla, en donde me encontrara leyendo. Desde allí, lanzó la vista por el espejo que quedaba encima de la otomana, habló de dos grabados que colgaban de la pared.

–Estos cuadros se están haciendo viejos. Ya le pedí a Chiquinho que compremos otros.

Chiquinho era el marido. Los cuadros hablaban del asunto principal de este hombre. Uno representaba a “Cleopatra”; no recuerdo el tema del otro, eran mujeres. Vulgares ambos; en aquel tiempo no me parecieron feos.

–Son bonitos –dije.

–Son bonitos, pero están manchados. Y además, para ser francos, yo preferiría dos imágenes, dos santas. Estas se ven más apropiadas para cuarto de muchacho o de barbero.

–¿De barbero? Usted no ha ido a ninguna barbería.

–Pero me imagino que los clientes, mientras esperan, hablan de señoritas y de enamoramientos, y naturalmente el dueño de la casa les alegra la vista con figuras bonitas. En casa de familia es que no me parece que sea apropiado. Es lo que pienso; pero yo pienso muchas cosas; así, raras. Sea lo

que sea, no me gustan los cuadros. Yo tengo una Nuestra Señora de la Concepción, mi patrona, muy bonita; pero es escultura, no se puede poner en la pared, ni yo quiero, está en mi oratorio.

La idea del oratorio me trajo la de la misa, me recordó que podría ser tarde y quise decirlo. Creo que llegué a abrir la boca, pero luego la cerré para escuchar lo que ella contaba, con dulzura, con gracia, con tal languidez que le provocaba pereza a mi alma y la hacía olvidarse de la misa y de la iglesia. Hablaba de sus devociones de niña y señorita. Después se refería a unas anécdotas, historias de paseos, reminiscencias de Paquetá, todo mezclado, casi sin interrupción. Cuando se cansó del pasado, habló del presente, de los asuntos de la casa, de los cuidados de la familia que, desde antes de casarse, le habían dicho que eran muchos, pero no eran nada. No me contó, pero yo sabía que se había casado a los veintisiete años.

Y ahora no se cambiaba de lugar, como al principio, y casi no salía de la misma actitud. No tenía los grandes ojos largos, y empezó a mirar a lo tonto hacia las paredes.

–Necesitamos cambiar el tapiz de la sala –dijo poco después, como si hablara consigo misma.

Estuve de acuerdo para decir alguna cosa, para salir de la especie de sueño magnético, o lo que sea que fuere que me cohibía la lengua y los sentidos. Quería, y no, acabar la charla; hacía un esfuerzo para desviar mis ojos de ella, y los desviaba por un sentimiento de respeto; pero la idea de que pareciera que me estaba aburriendo, cuando no lo era, me llevaba de nuevo los ojos hacia Concepción. La conversación moría. En la calle, el silencio era total.

Llegamos a quedarnos por algún tiempo –no puedo decir cuánto– completamente callados. El rumor, único y escaso, era un roído de ratón en el despacho, que me despertó de aquella especie de somnolencia; quise hablar de ello, pero no encontré la manera. Concepción parecía divagar. Un golpe en la ventana, por fuera, y una voz que gritaba: "¡Misa de gallo!, ¡misa de gallo!"

–Allí está su compañero, qué gracioso; usted quedó de ir a despertarlo, y es él quien viene a despertarlo a usted. Vaya, que ya debe de ser la hora; adiós.

–¿De verdad? –pregunté.

–Claro.

–¡Misa de gallo! –repitieron desde afuera, golpeando.

–Vaya, vaya, no se haga esperar. La culpa ha sido mía. Adiós, hasta mañana.

Y con la misma cadencia del cuerpo, Concepción entró por el corredor adentro, pisaba mansamente. Salí a la calle y encontré al vecino que me esperaba. Nos dirigimos de allí a la iglesia. Durante la misa, la figura de Concepción se interpuso más de una vez entre el sacerdote y yo; que se disculpe esto por mis diecisiete años. A la mañana siguiente, en la comida, hablé de la misa de gallo y de la gente que estaba en la iglesia, sin excitar la curiosidad de Concepción. Durante el día la encontré como siempre, natural, benigna, sin nada que hiciera recordar la charla de la víspera. Para Año Nuevo fui a Mangaratiba. Cuando regresé a Río de Janeiro, en marzo, el escribano había muerto de una apoplejía. Concepción vivía en Engenho Novo, pero no la visité, ni me la encontré. Más tarde escuché que se había casado con el escribiente sucesor de su marido.

Páginas recogidas (1899)

Afonso Henriques de Lima Barreto

El hombre que sabía javanés*

* *O homem que sabia javanes*.
Traducción de Norman Valencia

En una confitería, cierta vez, le contaba a mi amigo Castro de las trampas que tuve que jugarle a las convicciones y a las respetabilidades para poder vivir. Hubo incluso una ocasión, cuando estuve en Manaos, en que me vi obligado a esconder mi calidad de licenciado para obtener más confianza de los clientes que afluían a mi oficina de hechicero y adivino. Ese era el tipo de cosas que yo le contaba.

Mi amigo me oía callado, embebido, gustando de aquel Gil Blas vivido, hasta que, en una pausa de la charla, al agotar nuestros vasos, observó vagamente:

–¡Has llevado una vida muy divertida, Castelo!

–Sólo así se puede vivir… Esto de una ocupación única, salir de casa a determinadas horas, volver a otras, aburre, ¿no te parece? ¡No sé cómo me he aguantado allá en el consulado!

–Uno se cansa; mas no es eso lo que me admira. Lo que me admira es que hayas pasado tantas aventuras en este Brasil imbécil y burocrático.

–¡Qué va! Aquí mismo, mi querido Castro, se pueden componer bellas páginas de vida. Imagínate que yo ya fui profesor de javanés.

–¿Cuando? ¿Aquí, después de que volviste del consulado?

–No, antes. Y, de hecho, fui nombrado cónsul por eso.

–Vamos, cuenta cómo fue. ¿Bebes más cerveza?

–Sí.

Mandamos buscar otra botella, llenamos los vasos, y continué:

–Yo había llegado hace poco a Río y estaba literalmente en la miseria. Vivía huyendo de pensión en pensión, sin saber ni cómo ni dónde ganar dinero, cuando leí en el *Jornal do Comércio* el siguiente anuncio:

"Se busca profesor de lengua javanesa. Para cartas, etc."

Ahora, me dije a mí mismo, he ahí una posición que no tendrá muchos concurrentes; si yo chapucease cuatro palabras, me presentaría. Salí del café y anduve por las calles, siempre imaginándome como profesor de javanés, ganando dinero, andando en el tranvía y sin encuentros desagradables con los "cadáveres"[1]. Sin darme cuenta me dirigí a la Biblioteca Nacional. No sabía bien qué libro iba a pedir, pero entré, entregué el sombrero al portero, acepté un recibo y subí.

En la escalera, me vino a la mente la idea de pedir la Grande Encyclopédie, letra J, con el fin de consultar el artículo relativo a Java y a la lengua javanesa. Dicho y hecho. Me enteré, luego de algunos minutos, de que Java era una gran isla del archipiélago de Sonda, colonia holandesa, y que el javanés, lengua aglutinante del grupo malayo-polinesio, poseía una literatura notable, al igual que una escritura en caracteres derivados del viejo alfabeto hindú.

La enciclopedia me indicó algunos trabajos sobre la tal lengua malaya, y no dudé en consultar uno de ellos. Copié el alfabeto, su pronunciación figurada, y salí. Anduve por las calles, deambulando y rumiando aquellas letras.

En mi cabeza bailaban jeroglíficos; de vez en cuando consultaba mis notas; entraba en los jardines y escribía esas musarañas en la arena para guardarlas bien en la memoria y habituar la mano a escribirlas.

En la noche, cuando pude entrar en casa sin ser visto, para evitar indiscretas preguntas del casero, seguí en mi cuarto engullendo mi alfabeto malayo y con gran ahínco me impuse el propósito de que, por la mañana, lo conocería perfectamente. Me convencí de que aquella era la lengua más fácil del mundo y salí; aunque no tan temprano como para evitar encontrarme con el encargado del alquiler de las habitaciones.

–Señor Castelo, ¿cuándo saldamos su cuenta?

Le respondí entonces, con la más encantadora esperanza:

–En breve… Espere un poco… Tenga paciencia… Voy a ser nombrado profesor de javanés y… Pero ahí el hombre me interrumpió:

–¿Qué diablos viene a ser eso, Señor Castelo?

Encontré esto divertido, y ataqué el patriotismo luso[2] de aquel hombre.

–Es una lengua que se habla por allá por los lados de Timor. ¿Sabe dónde es?

¡Oh! ¡Alma ingenua! El hombre se olvidó de mi deuda y me dijo con aquel hablar fuerte de los portugueses:

–Yo, aquí, conmigo, la verdad, no sé bien; pero oí decir que son unas tierras que tenemos por allá por los lados de Macao. ¿Y usted sabe de eso, señor Castelo?

Animado con esta salida feliz que me dio el javanés, volví a buscar el anuncio. Y allí estaba. Resolví lleno de ánimo postularme al profesorado de aquel idioma oceánico. Redacté la respuesta, pasé por el periódico y dejé allí la carta. En seguida, volví a la biblioteca y continué con mis estudios de javanés.

No hice grandes progresos ese día, no sé si por juzgar que el alfabeto javanés era el único saber necesario para un profesor de lengua malaya, o por haberme empeñado más que todo en la bibliografía y en la historia literaria del idioma que iba a enseñar.

Al cabo de dos días, recibía yo una carta para ir a hablar con el doctor Manuel Feliciano Soares Albernaz, barón de Jacuecanga, en la calle Conde de Bonfim, no recuerdo bien qué número. Es preciso que recuerdes que entre tanto continué estudiando mi malayo, esto es, el tal javanés. Además del alfabeto, me enteré del nombre de algunos autores, aprendí a preguntar "¿Cómo está usted, señor?", junto con dos o tres reglas de gramática; todo este saber, firmemente cimentado con unas veinte palabras del léxico.

No imaginas todas las dificultades con las que luché para reunir los cuatrocientos reis del viaje. Es más fácil –puedes estar seguro– aprender javanés… Fui a pie. Llegué bañado en sudor; con maternal cariño, los añosos árboles de mango que se perfilaban en la alameda frente a la casa de aquel noble me recibieron, me acogieron y me reconfortaron. Fue el único momento en mi vida en que llegué a sentir simpatía por la naturaleza.

Era una casa enorme que parecía estar desierta; estaba mal conservada, mas no sé por qué me dio por pensar que allí había más displicencia y desgano que pobreza propiamente dicha. Debía tener años de no ser pintada. Las paredes se descascaraban y los bordes del tejado, de aquellas tejas vidriadas de otros tiempos, estaban desguarnecidos aquí y allá, como dentaduras decadentes o mal cuidadas.

Miré un poco el jardín y vi la pujanza vengativa con que la que el coquito, el amor seco y otras malezas habían expulsado a los corazones de Jesús y a las begonias. Los crotones sobrevivían, sin embargo, con su follaje de tonos mortecinos. Golpeé. Tardaron en abrirme. Vino, por fin, un antiguo negro africano, cuyas barbas y cabellos de algodón le daban a su fisonomía una aguda impresión de vejez, dulzura y sufrimiento.

En la sala había una galería de retratos: arrogantes señores de patillas se perfilaban encuadrados en inmensos marcos dorados, y dulces perfiles de señoras, con peinados a la francesa y grandes abanicos, parecían querer subir por los aires, enfundadas en sus redondos vestidos de balón; pero de aquellas viejas cosas, sobre las cuales el polvo ponía más antigüedad y respeto, la que más me gustó ver fue un bello jarrón de porcelana de la China

o de la India, como se suele decir. Aquella pureza de la loza, su fragilidad, la ingenuidad del diseño y su opaco brillo de luna, sugerían que aquel objeto había sido hecho por las manos de un niño en pleno sueño, para encanto de los ojos fatigados de hombres viejos y sin ilusiones…

Esperé un instante al dueño de casa. Tardó un poco. Un tanto vacilante al andar, con el pañuelo de Alcobaça[3] en la mano, tomando venerablemente el rapé de antaño, lo vi llegar, lleno de respeto. Tuve el deseo de irme. Aún si no fuera él el discípulo, era en todo caso un crimen mistificar a aquel anciano, cuya vejez traía a mi pensamiento algo augusto, sagrado. Dudé, pero decidí quedarme.

–Yo soy –adelanté– el profesor de javanés que el señor dice necesitar.

–Siéntese –me respondió el anciano–. ¿Es usted de aquí, de

Río? –No, soy de Canavieiras. –¿Cómo? –dijo él–. Hable un poco alto que soy sordo. –Soy de Canavieiras, en Bahía –insistí. –¿Dónde hizo sus estudios?

–En San Salvador.

–¿En dónde aprendió javanés? –indagó él, con aquella terquedad propia de los viejos.

No contaba con esa pregunta, pero inmediatamente edifiqué una mentira. Le conté que mi padre era javanés. Tripulante de un navío mercante, había terminado en Bahía, se había establecido en las proximidades de Canavieiras como pescador, se había casado, había prosperado, y fue con él que aprendí javanés.

–¿Y él te creyó? ¿Y tu aspecto físico? –preguntó mi amigo, que hasta entonces me había oído, callado.

–No soy –objeté– muy diferente de un javanés. Estos cabellos míos, recios, duros y gruesos, y mi piel bronceada pueden darme muy bien el aspecto de un mestizo malayo… Tú sabes bien que, entre nosotros, hay de todo: indios, malayos, tahitianos, malgaches, guanches, hasta godos. Es una comparsa de razas y tipos para darle envidia al mundo entero.

–Bien –dijo mi amigo–, continúa.

–El viejo –reinicié– me oyó atentamente y consideró detenidamente mi físico. Parecía que me juzgaba de hecho hijo de malayo, y me preguntó con dulzura:

–¿Entonces, está dispuesto a enseñarme javanés?

La respuesta me salió sin querer. Pues no.

–Usted estará admirado –adujo el Barón de Jacuecanga– de que yo, a esta edad, todavía quiera aprender cualquier cosa, pero…

–No tengo nada que admirar. Se han visto ejemplos, y muy fecundos…

–Lo que yo quiero, ¿mi estimado señor…?

–Castelo –contesté.

–Lo que yo quiero, mi estimado señor Castelo, es cumplir un juramento de familia. No sé si usted sabe que soy nieto del consejero Albernaz, aquel que acompañó a Don Pedro i, cuando abdicó. Al volver de Londres, él trajo un libro en una lengua extraña, por el cual sentía una grande estima. Un hindú o un siamés se lo había dado en Londres, en agradecimiento a no sé

qué servicio prestado por mi abuelo. Al morir, llamó a mi padre y le dijo: “Hijo, tengo este libro, escrito en javanés. Me ha dicho quien me lo dio que evita desgracias y trae alegrías para quien lo tiene. Yo no sé nada con certeza. En todo caso, guárdalo; sin embargo, si quieres que el hado que me legó el sabio oriental se cumpla, asegúrate de que tu hijo lo entienda, para que nuestra raza sea siempre feliz”. Mi padre –continuó el viejo barón– no creyó mucho en la historia; con todo, guardó el libro. A las puertas de la muerte, él me lo dio, y me dijo lo que le había prometido a su padre. Al comienzo, poco caso le hice a la historia del tal libro. Lo dejé en algún rincón y fabriqué mi vida. Llegué hasta olvidarme de él; mas, de un tiempo para acá, he pasado por tanto disgusto, tantas desgracias han caído sobre mi vejez, que me acordé del talismán familiar. Tengo que leerlo, comprenderlo, y no quiero que mis últimos días anuncien el desastre de mi posteridad; y, para entenderlo, es claro que necesito entender javanés. Ahí tiene usted.

Guardó silencio y noté que los ojos del anciano se habían humedecido, cargados de un suave rocío. Se los enjugó discretamente, y me preguntó si quería ver el libro. Le respondí que sí. Llamó a su criado, le dio las instrucciones necesarias, y me explicó que había perdido a todos sus hijos y sobrinos, y que sólo le quedaba una hija casada cuya prole, desgraciadamente, se reducía a un hijo débil de cuerpo, de salud frágil y oscilante.

Vino el libro. Era un viejo mamotreto, un en cuarto antiguo, encuadernado en cuero, impreso en grandes letras, en un papel amarillento y grueso. Faltaba la primera página, y por eso no se podía leer la fecha de impresión. Tenía todavía unas páginas del prefacio, escritas en inglés, donde leí que se trataba de las historias del príncipe Kulanga, escritor javanés de mucho mérito.

Inmediatamente le informé esto al barón que, sin darse cuenta de que yo había llegado ahí por el inglés, acabó teniendo en alta estima mi saber malayo. Estuve un rato más hojeando el cartapacio, a guisa de quien sabe magistralmente aquella especie de vascuence, hasta que al final acordamos las condiciones de precio y de hora, con lo cual me comprometí a lograr que él leyese aquel armatoste antes de un año.

Poco después daba yo mi primera lección, pero el viejo no fue tan diligente como yo. No conseguía aprender a distinguir o a escribir ni

siquiera cuatro letras. En fin, con la mitad del alfabeto nos demoramos un mes, y el Barón de Jacuecanga no lograba ser amo y señor de la materia: aprendía y desaprendía.

La hija y el yerno (pienso que hasta entonces nada sabían de la historia del libro) llegaron a tener noticias del estudio del anciano; no se incomodaron. Lo encontraron divertido y juzgaron que era una buena empresa para distraerlo.

Pero con lo que vas a quedar asombrado, mi estimado Castro, es con la admiración que el yerno acabó teniendo por el profesor de javanés. ¡Qué cosa única! No se cansaba de repetir: ¡Es un asombro! ¡Y tan joven! Si yo supiese eso, ¡ah, dónde estaría!"

El marido de doña María Gloria (así se llamaba la hija del barón), era juez de las cortes, hombre bien relacionado y poderoso; sin embargo, no se cansaba de mostrar frente a todo el mundo su admiración por mi javanés. Por otro lado, el barón estaba contentísimo. Luego de dos meses, había desistido del aprendizaje, y me había pedido que le tradujese, un día sí y otro no, algún trecho del libro encantado. Bastaba entenderlo– me decía; nada se oponía a que otro tradujera y él oyera. Así evitaba la fatiga del estudio y cumplía con el encargo.

Sabes bien que hasta hoy nada sé de javanés, mas urdí unas historias bastante disparatadas, y se las vendí al viejo como si fuesen todo un cronicón. ¡Cómo oía aquellas tonterías!… Quedaba extático, como si estuviese oyendo las palabras de un ángel. ¡Y yo era cada día más grande ante sus ojos! Me invitó a vivir en su casa, me llenaba de presentes, me aumentaba el salario. Pasaba, en fin, una vida regalada.

Contribuyó mucho a eso el hecho de que él terminó recibiendo una herencia de un olvidado pariente suyo que vivía en Portugal. El buen viejo atribuyó la cosa a mi javanés; y yo estuve casi por creerlo también.

Fui perdiendo el remordimiento; en todo caso, siempre tuve miedo de que se me cruzase alguien que supiese el tal "patois" malayo. Y ese temor mío se hizo aún más grande cuando el dulce barón me mandó con una carta a donde el Vizconde de Carurú, para que me hiciera entrar en la diplomacia. Le hice todo tipo de objeciones: mi fealdad, la falta de elegancia, mi aspecto de tagalo. "¡Cuál!", replicaba él. "Vaya muchacho; ¡usted sabe

javanés!” Fui. Me mando el Vizconde para la Secretaría de Asuntos Extranjeros con diversas recomendaciones. Fui un éxito.

El director llamó a los jefes de sección: “Miren nada más, un hombre que sabe javanés. ¡Qué portento!”

Los jefes de sección me llevaron donde los oficiales y amanuenses y hubo uno de ellos que me miró con más odio que envidia o admiración. Y todos decían: “Entonces, ¿sabe javanés? ¿Es difícil? ¡No hay quien lo sepa hablar aquí!”

El tal amanuense que me miró con odio y acudió entonces diciendo: “Es verdad, aunque yo sé canaco. ¿Usted lo habla?” Le dije que no y fui a presentarme ante el ministro.

La alta autoridad se levantó, puso las manos en las caderas, se arregló los anteojos en la nariz y preguntó: “Entonces, ¿sabe javanés?” Le respondí que sí; y ante la pregunta de dónde lo había aprendido, le conté la historia del tal padre javanés. “Bien, me dijo el ministro, usted no debe ir a la diplomacia: su físico no se presta… Lo mejor sería un consulado en Asia o en Oceanía. Por ahora no hay plazas, pero voy a hacer una reforma y usted entrará. De hoy en adelante, sin embargo, queda agregado a mi ministerio y quiero que, para este año, parta para Basilea, donde va a representar al Brasil en un congreso de lingüística. ¡Estudie, lea a Hovelacque, a Max Müller y a otros!”[4]

Imagínate que yo, hasta ahí, nada sabía de javanés; pero estaba empleado e iría a representar al Brasil en un congreso de sabios.

El viejo barón murió, le pasó el libro a su yerno para que se lo hiciese llegar a su nieto cuando tuviese edad conveniente, y alguna cosa me dejó en su testamento.

Me consagré, con afán, a estudiar las lenguas malayo-polinesias; ¡pero no había forma!

Bien comido, bien vestido, bien dormido, no tenía la energía necesaria para hacer entrar en la mollera aquellas cosas raras. Compré libros, me suscribí a revistas: *Revue Anthropologique et Linguistique, Proceedings of the English-Oceanic Association, Archivo Glottologico Italiano*, el diablo, ¡y nada! Y mi fama crecía. En la calle, los informados me señalaban, diciéndole a los otros: “Allá va el sujeto que sabe javanés”. En las librerías,

los gramáticos me consultaban sobre la colocación de los pronombres en la tal jerga de las islas de Sonda. Recibía cartas de los eruditos del interior, los periódicos citaban mi hondo saber, y me rehusé a aceptar a un grupo de alumnos sedientos de entender el tal javanés. Por invitación de la redacción escribí, en el *Jornal do Comércio*, un artículo de cuatro columnas sobre la literatura javanesa antigua y moderna.

–¿Cómo, si tú nada sabías? –me interrumpió el atento Castro.

–De manera muy simple: primero, describí la isla de Java, con el auxilio de un diccionario y un tanto de geografía, y después cité a más no poder.

–¿Y nunca dudaron? –me preguntó aún mi amigo.

–Nunca. Es decir, una vez casi me vi perdido. La policía prendió a un sujeto, un marinero, un tipo bronceado que sólo hablaba una lengua rarísima. Llamaron a diversos intérpretes, nadie le entendía. También fui llamado, con todo el respeto que mi sabiduría merecía, naturalmente. Me demoré en ir, pero fui al final. El hombre ya estaba libre, gracias a la intervención del cónsul holandés con quien se hizo entender a punta de media docena de palabras holandesas. El tal marinero era javanés –¡uf!

Llegó, en fin, la época del congreso, y me fui para Europa. ¡Qué delicia! Asistí a la inauguración y a las sesiones preparatorias. Me inscribieron en la sección del tupí-guaraní, y luego me fugué a París. Antes, sin embargo, hice publicar en el *Mensajero de Basilea* mi retrato, y algunas notas biográficas y bibliográficas. Cuando volví, el presidente me pidió disculpas por haberme dado aquella sección; no conocía mis trabajos y había juzgado que, por ser americano-brasileño, me estaba naturalmente indicada la sección de tupí-guaraní. Acepté las explicaciones y hasta hoy no he podido escribir mis obras sobre el javanés, para mandárselas, conforme se lo prometí.

Acabado el congreso, hice publicar extractos del artículo del *Mensajero de Basilea* en Berlín, en Turín y en París, donde los lectores de mis obras me ofrecieron un banquete, presidido por el senador Gorot. Toda esa jugarreta me costó, incluyendo el banquete que me fue ofrecido, cerca de diez mil francos, casi toda la herencia del crédulo y buen Barón de Jacuecanga.

No perdí ni mi tiempo ni mi dinero. Pasé a ser una gloria nacional y, al bajar en el muelle Pharoux,[5] a mi regreso, recibí una ovación de todas las clases sociales y el presidente de la República, días después, me convidaba para almorzar en su compañía.

Seis meses después fui nombrado cónsul en La Habana,[6] donde estuve seis años y a donde volveré, con el fin de perfeccionar mis estudios de las lenguas malaya, melanesia y polinesia.

–Es fantástico –observó Castro, agarrando el vaso de cerveza.

–Pero mira: si no me sintiera contento, ¿sabes lo que sería?

–¿Qué?

–Bacteriólogo eminente. ¿Vamos?

–Vamos.

El hombre que sabía Javanés
y otros cuentos (1911)

* * *

[1] En jerga brasileña, acreedor. (N. del T.)

[2] En el imaginario brasileño, los portugueses son objeto de burlas, como los gallegos en España. Aquí, el narrador se ríe de su interlocutor portugués. (N. del T.)

[3] Municipalidad de Portugal, famosa por un importante monasterio y por sus tejidos. A lo largo del siglo XIX, estos pañuelos eran usados en ambos lados del Atlántico, especialmente para el consumo del rapé.

[4] Importantes lingüistas del s. XIX. (N. del T.)

[5] Importante muelle de Río de Janeiro, usado por la familia real en el s. XIX. La llegada del narrador a este importante puerto reafirma la idea de que se ha convertido en una figura nacional. (N. del T.)

[6] La alusión a la capital cubana aquí es otro elemento irónico en el texto: el cuerpo diplomático parece creer que existe una relación entre el javanés y la Habana, algo que el narrador no desmiente. (N del T.)

Graciliano Ramos

Baleia*

* Traducción de Elkin Obregón

La perra Baleia lucía muy mal. Había enflaquecido, estaba llena de peladuras, sus costillas sobresalían bajo la piel rosácea, donde supuraban manchas oscuras y sangrantes, cubiertas de moscas. Las llagas de la boca y la hinchazón de los belfos le dificultaban comer y beber.

Por todo ello, Fabiano pensó que el animal tenía un principio de hidrofobia, y le ató al pescuezo un rosario de mazorcas quemadas. Pero Baleia, siempre de mal en peor, se rascaba contra las estacas del corral, se internaba en la espesura, impaciente, espantaba los mosquitos con sus orejas lacias, agitando la cola pelada y corta, gruesa en la base, llena de moscas, semejante a una cola de cascabel. Fabiano entonces decidió matarla. Buscó la escopeta de pedernal, la lijó, la limpió con la varilla de hierro y tuvo buen cuidado de cargarla bien, para que la perra no sufriera mucho.

La señora Victoria se encerró en la pieza, llevando consigo a los niños asustados, que adivinaban una desgracia y no se cansaban de repetir la misma pregunta:

–¿Le va a pasar algo a Baleia?

Habían visto el plomo y la pólvora, y la actitud de Fabiano los perturbaba, haciéndoles sospechar que Baleia corría peligro.

La perra era como un miembro de la familia: los tres jugaban juntos, y la verdad es que en nada se diferenciaban, se revolcaban en la arena del río y en el lodo blando que amenazaba anegar el corral de las cabras.

Quisieron abrir la puerta, pero la señora Victoria los empujó a la cama de varas, los acostó y se esforzó por taparles los oídos: aprisionó en sus muslos la cabeza del mayor y cubrió con las palmas de sus manos las orejas del

otro. Como los pequeños resistían, aumentó la presión, tratando de dominarlos, mientras rezongaba entre dientes.

También ella sentía un peso en el corazón, pero se resignaba: la decisión de Fabiano era necesaria y justa. Pobre Baleia.

Aguzando el oído, escuchó el leve ruido de las municiones entrando al entrar en el caño del arma, los golpes sordos de la baqueta en la bucha. Suspiró. Pobre Baleia.

Los niños comenzaron a gritar y a patalear. Y, como la señora Victoria había aflojado algo los músculos, el mayor logró zafarse y ella lanzó una exclamación:

–¡Diablo de niño!

En la lucha que trabó para asegurar de nuevo al hijo rebelde, se enojó de verdad. Mocoso insolente. Lanzó un coscorrón a la cabeza del chico, medio escondida en la colcha roja y en la falda floreada.

Poco a poco su ira disminuyó y, acunando a los hijos, optó por denigrar a la perra, refunfuñando diatribas. Bicho sucio, baboso. Qué inconveniencia dejar suelto por la casa a un perro enfermo. Pero comprendía que estaba siendo demasiado severa; no acababa de aceptar que Baleia estuviera rabiosa, y lamentaba que el marido no hubiera esperado siquiera un día más para ver si en realidad la ejecución era indispensable.

En ese momento Fabiano estaba en el corredor, haciendo chasquear los dedos. La señora Victoria encogió el cuello y trató de cubrirse las orejas con los hombros. Como eso era imposible, alzó los brazos y, sin soltar al hijo, logró ocultar una parte de su cabeza.

Fabiano recorrió los alrededores, espiando el anacardo y los corrales, y azuzando un perro invisible contra animales invisibles.

–¡Zuz! ¡Zuz!

Después entró a la sala, atravesó el pasillo y llegó hasta la ventana baja de la cocina. Examinó el solar, vio a Baleia, que se rascaba las peladuras contra el poste, y se ajustó al hombro la escopeta. La perra lo miró desconfiada, se encogió y fue desviándose hasta quedar al otro lado del poste, agachada y arisca, dejando asomar apenas las pupilas negras. Molesto con esa maniobra, Fabiano saltó por la ventana, se deslizó a lo

largo de la cerca, llegó hasta el varal del extremo y alzó de nuevo la escopeta. Como el animal estaba de frente y no ofrecía buen blanco, avanzó algunos pasos. Al llegar a las cantigueiras, modificó la puntería y apretó el gatillo. La descarga alcanzó los cuartos traseros e inutilizó una pata de Baleia, que se puso a ladrar desesperadamente.

Al oír el ruido de los disparos y los ladridos, la señora Victoria invocó a la Virgen y los niños se revolcaron en la cama, llorando a los gritos. Fabiano entró a la casa.

Y Baleia huyó a toda prisa, rodeó el bramadero, entró al solarcillo de la izquierda, pasó frente a los claveles y las macetas de hierba, se metió por un agujero de la cerca y ganó el empedrado, corriendo en tres patas. Intentó dirigirse al corredor, pero temió encontrar a Fabiano y corrió hasta el chiquero de las cabras. Se detuvo allí un instante, medio desorientada; después se alejó a los saltos, sin rumbo fijo.

Delante de la carreta de los bueyes, perdió el uso de su pata trasera. Y, vertiendo mucha sangre, siguió andando como las personas, en dos pies, arrastrando con dificultad la parte posterior del cuerpo. Quiso retroceder y esconderse debajo de la carreta, pero tuvo miedo de las ruedas.

Se dirigió hacia los juazeiros. Bajo la raíz de uno de ellos había una gruta acogedora y honda. Le gustaba revolcarse allí: se cubría de polvo para evitar las moscas y los mosquitos, y, al levantarse, con hojas secas y chamizos pegados a las heridas, parecía un animal distinto de cualquier otro.

Cayó antes de alcanzar la gruta escondida. Intentó erguirse, enderezó la cabeza y estiró las patas delanteras, pero el resto del cuerpo permaneció caído hacia un lado. En esa difícil postura apenas si podía moverse. Trató de hacerlo, agitando las patas, clavando las uñas en el suelo, aferrándose a los pedruscos. Finalmente, desfallecida, se aquietó junto a las piedras, donde los niños arrojaban las cobras muertas.

Una sed terrible le quemaba la garganta. Procuró mirarse las patas y no lo consiguió: un velo le nublaba la vista. Se puso a ladrar y deseó morder a Fabiano. En realidad no ladraba: aullaba débilmente, y los aullidos iban disminuyendo, hasta hacerse casi imperceptibles.

Como el sol la encandilaba, logró alcanzar con gran esfuerzo una pequeña franja de sombra que circundaba la piedra.

Se miró de nuevo, angustiada. ¿Qué le estaría pasando? La neblina se adensaba, a cada momento más cercana. Sintió el buen olor de los curíes que descendían del cerro, pero aquel olor llegaba muy débil, y mezclado con otros. Parecía que el cerro se hubiera alejado. Dilató el hocico y aspiró lentamente el aire, con deseos de subir la cuesta y perseguir a los curíes, que saltaban y corrían en libertad.

Empezó a jadear penosamente, haciendo intentos de ladrar. Se pasó la lengua por los belfos resecos y no sintió ningún alivio. Su olfato se embotaba cada vez más. Ciertamente, los curíes habían huido. Los olvidó, y otra vez le vino el deseo de morder a Fabiano, que surgió ante sus ojos vidriosos con un objeto en la mano. No conocía ese objeto, pero se puso a temblar, segura de que encerraba sorpresas desagradables. Hizo un esfuerzo para desviarse de él y encoger el rabo. Cerró los párpados pesados y juzgó que el rabo estaba ya encogido. No podría morder a Fabiano: había nacido cerca de él, en una pieza, bajo la cama de varas, y había entregado su existencia a la sumisión, ladrando para reunir el ganado cuando el vaquero batía palmas.

El objeto desconocido seguía amenazándola. Contuvo la respiración, escondió los dientes, espió al enemigo por detrás de las pestañas caídas.

Permaneció así algún tiempo, después se tranquilizó. Fabiano y la cosa peligrosa habían desaparecido.

Abrió con dificultad los ojos. Ahora reinaba una gran oscuridad. Con certeza el sol se había ocultado.

Los cencerros de las cabras tintinearon cerca del río, y el hedor del chiquero se esparció por los alrededores. Baleia se sobresaltó. ¿Qué hacían aquellos animales, sueltos de noche? Su obligación era levantarse, conducirlos al bebedero. Frunció las narices, tratando de distinguir a los niños. Le extrañaba su ausencia. No se acordaba ya de Fabiano. Había ocurrido un desastre, pero Baleia no atribuía a ese desastre la impotencia en la que se hallaba, ni percibía que estaba libre de responsabilidades. Una angustia oprimió su pequeño corazón. Era preciso vigilar a las cabras: a aquella hora olores de pumas y onzas debían rondar por la barranca y el

monte. Felizmente, los niños dormían en la estera, debajo del nicho donde la señora Victoria guardaba su cachimba. Una noche de invierno, helada y brumosa, rodeaba a la perrita. Silencio absoluto, ninguna señal de vida en los alrededores. El gallo viejo no cantaba en la estaca, ni Fabiano roncaba en la cama de varas. Esos sonidos no le interesaban demasiado, pero cuando el gallo batía las alas y Fabiano se daba vuelta en el lecho, emanaciones familiares le daban cuenta de sus presencias. Ahora parecía que la hacienda se hubiera despoblado.

Baleia respiraba agitada, la boca abierta, las mandíbulas desgonzadas, la lengua colgante e insensible. No sabía qué había sucedido. El estruendo, el golpe que recibiera en los cuartos traseros. Y el difícil viaje desde el bramadero hasta el final del empedrado se desvanecía en su espíritu.

Probablemente estaba en la cocina, entre las piedras que servían de fogón. Antes de acostarse, la señora Victoria retiraba de allí los carbones y la ceniza, barría con la escoba de ramas el suelo quemado, y aquello se convertí en un buen sitio para descansar. El calor ahuyentaba las pulgas, la tierra se hacía blanda. Y, cuando el sueño llegaba, numerosos curíes corrían y saltaban, una legión de curíes invadía la cocina.

El temblor subía, cesaba en la barriga y llegaba al pecho de Baleia. Del pecho hacia atrás todo era insensibilidad y olvido. Pero el resto del cuerpo se estremecía, espinas de mandacaru penetraban en la carne roída por la enfermedad.

Baleia recostaba en la piedra su cabeza fatigada. La piedra estaba fría, seguramente la señora Victoria había dejado apagar el fuego muy temprano.

Baleia quería dormir. Despertaría feliz, en un mundo lleno de curíes. Y lamería las manos de Fabiano, un Fabiano enorme. Los niños se revolcarían con ella, rodarían con ella en un empedrado enorme, en un corral enorme. El mundo entero estaría lleno de curíes gordos, enormes.

Vidas secas (1938)

Clarice Lispector

Lazos de familia*

** Laços de familia*
Traducción de Elkin Obregón

La mujer y la madre se acomodaron por fin en el taxi que las llevaría a la estación. La madre contaba y recontaba las dos maletas tratando de convencerse de que ambas estaban en el carro. La hija, con sus ojos oscuros, a los que un ligero estrabismo daban un continuo brillo de ironía y frialdad, la observaba. –¿No me olvidé nada? preguntaba por tercera vez la madre.

–No, no, olvidaste nada, respondía divertida la hija, con paciencia.

Aún estaba bajo la impresión de la escena un tanto cómica entre su madre y su marido, a la hora de la despedida. Durante las dos semanas de la visita de la vieja, los dos apenas si se habían soportado; los buenos días y las buenas tardes sonaban a cada momento con una delicadez cautelosa que casi la hacía reír. Pero he aquí que a la hora de la despedida, antes de entrar al taxi, la madre se había transformado en suegra ejemplar y el marido se había convertido en un buen yerno. "Perdona alguna palabra mal dicha", había comentado la vieja señora, Catarina, con cierta alegría, había visto a Antonio embarullado con las maletas, gagueando, procurando ser un buen yerno. "Si me río, pensarán que estoy loca", había pensado Catarina frunciendo el entrecejo. "Quien casa a un hijo pierde un hijo, quien casa a una hija gana un hijo, había agregado la madre, y Antonio aprovechó su gripa para toser. Catarina, de pie, observaba con malicia al marido, cuya seguridad se había desvanecido para dar campo a un hombre moreno y menudo, forzado a ser hijo de aquella mujercilla grisácea… Fue entonces cuando el deseo de reír se tornó más fuerte. Por suerte, nunca necesitaba reír realmente cuando sentía ganas de hacerlo: sus ojos adquirían una expresión astuta y contenida, se hacían más estrábicos, y la risa salía por los ojos. Le dolía un poco no ser capaz de reír. Pero nada podía hacer al

respecto: desde pequeña había reído por los ojos, desde siempre había sido estrábica.

–Sigo diciendo que el niño está flaco, dijo la madre, luchando contra los bamboleos del carro. Y a pesar de que Antonio no estaba presente, ella usaba el mismo tono de desafío y acusación que empleaba delante de él. Tanto que una noche Antonio se había molestado: ¡no es mi culpa, Severina! Llamaba a la suegra Severina, pues antes del matrimonio planeaba portarse como un yerno moderno. Pero ya en la primera visita de la madre a la pareja, la palabra Severina se había tornado difícil en la boca del marido, y ahora, el hecho de llamarla por su nombre no había impedido que… Catalina los miraba y reía.

–El niño siempre fue flaco, mamá, le respondió.

El taxi avanzaba monótonamente.

–Flaco y nervioso, agregó la señora con decisión.

–Flaco y nervioso, asintió Catarina, paciente.

Era un niño nervioso, distraído. Durante la visita de la abuela se había vuelto aún más distante, había dormido mal, perturbado por los cariños excesivos y los besuqueos de la vieja. Antonio, quien nunca prestara mucha atención a la sensibilidad del niño, empezó a lanzar indirectas a la suegra, "a proteger al niño"…

–No me olvidé de nada… recomenzaba la madre, cuando un frenón súbito las lanzó una contra la otra y desordenó las maletas. ¡Ah! ¡ah!, exclamó la madre, como si estuviera frente a un desastre irremediable, ¡ah!, balanceando sorprendida la cabeza, de repente envejecida y pobre. ¿Y Catarina?

Catarina miraba a la madre, y la madre miraba a la hija, ¿también a Catarina le sucedió un desastre? Sus ojos parpadearon sorprendidos, arreglaba de prisa las maletas, el bolso, procurando remediar lo más rápidamente posible la catástrofe. Porque, de hecho, había sucedido algo, sería inútil ocultarlo: Catarina había sido lanzada contra Severina, en una intimidad de cuerpos desde hacía mucho olvidada, venida del tiempo en que se tienen padre y madre. A pesar de que nunca se habían abrazado y besado realmente. Del padre, sí, Catarina siempre había sido más amiga. Cuando la madre les llenaba los platos obligándolos a comer en exceso, los dos se

hacían un guiño de complicidad y la madre no lo notaba. Pero después del choque en el taxi y después de recomponerse, no tenían nada de qué hablar; ¿por qué no llegaban pronto a la estación?

–¿No me olvidé de nada? preguntó la madre con voz resignada.

Catarina no quería mirarla más, ni responderle.

–¡Toma tus guantes! Le dijo, recogiéndolos del suelo.

–¡Ah! ¡ah! ¡mis guantes! Exclamaba perpleja la madre.

Sólo se espiaron realmente cuando las maletas fueron dispuestas en el tren, después de cambiados los besos: la cabeza de la madre apareció en la ventana.

Catarina vio entonces que su madre estaba envejecida y tenía los ojos brillantes.

El tren no partía y ambas esperaban sin tener que decirse. La madre sacó el espejo del bolso y se examinó con su sombrero nuevo, comprado en la misma sombrerería de la hija. Se miraba, componiendo un aire excesivamente severo donde no faltaba alguna admiración por sí misma. La hija observaba divertida.

Nadie más puede amarte sino yo, pensó la mujer riendo por los ojos; y el peso de la responsabilidad llevó a su boca un gusto de sangre. Como si "madre e hija" fuera vida y repugnancia. No, no se podía decir que amaba a su madre. Su madre le dolía, era eso. La vieja había guardado el espejo en el bolso, y la miraba sonriendo. El rostro gastado y aún enérgico parecía esforzarse por dar a los otros alguna impresión de la cual el sombrero haría parte. La campanilla de la estación tocó de súbito, hubo un movimiento general de ansiedad, varias personas corrieron pensando que el tren ya partía: ¡mamá! dijo la mujer. ¡Catarina! Dijo la vieja. Ambas se miraban asombradas, la maleta en la cabeza de un maletero interrumpió su visión y un joven que corría asió en su marcha el brazo de Catarina, removiendo el cuello de su vestido. Cuando pudieron verse de nuevo, Catarina estaba a punto de preguntarle si no se había olvidado de nada.

–¿No me olvidé de nada? preguntó la madre.

También Catarina sentía que se habían olvidado de algo, y ambas se miraban atónitas; porque si realmente habían olvidado, ahora era demasiado

tarde. Una mujer arrastraba a un niño, el niño lloraba, otra vez sonó la campanilla de la estación… Mamá, dijo la mujer. Qué cosa habían olvidado decirse la una a la otra, y ahora era demasiado tarde. Le parecía que un día deberían haber dicho así: soy tu madre, Catarina. Y ella debería haber respondido: y yo soy tu hija.

–¡No vayas a coger un frío! gritó Catarina.

–Vamos, muchacha, acaso soy una niña, dijo la madre sin dejar no obstante de preocuparse de su propia apariencia. La mano sarmentosa, un poco trémula, arreglaba con delicadeza el ala del sombrero y Catarina sintió de súbito el deseo de preguntarle si había sido feliz con su padre:

–¡Recuerdos a la tía! gritó.

–¡Sí, sí!

–Mamá, dijo Catarina, porque un largo pitazo se había oído y en medio del humo las ruedas ya se movían.

–¡Catarina! dijo la vieja con la boca abierta y los ojos asombrados, y al primer remezón la hija le vio llevarse las manos al sombrero: se la había hundido hasta la nariz, dejando aparecer apenas la nueva dentadura. El tren ya se movía y Catarina agitaba los brazos. El rostro de la madre desapareció un instante y reapareció ya sin el sombrero, el moño del cabello deshecho, cayendo en mechas blancas sobre los hombros como las de una doncella; el rostro estaba inclinado sin sonreír, tal vez incluso sin divisar ya a la hija distante.

En medio del humo Catarina comenzó a caminar de regreso, fruncido el entrecejo, y en los ojos la malicia de los estrábicos. Sin la compañía de la madre, había recuperado el modo firme de caminar: sola era más fácil. Algunos hombres la miraban, ella era suave, un poco pesada de cuerpo. Caminaba serena, moderna en los trajes, los cabellos cortos pintados de un castaño rojizo. Y de tal modo se habían dispuesto las cosas que el amor doloroso le pareció la felicidad; todo estaba tan vivo y tierno alrededor, la calle sucia, los viejos tranvías, cáscaras de naranja, la fuerza fluía y refluía en su corazón con pesada riqueza. Estaba muy bonita en ese momento, tan elegante; integrada a su época y a la ciudad donde había nacido como si la hubiera escogido. En los ojos estrábicos cualquier persona adivinaría el gusto que esa mujer tenía por las cosas del mundo. Espiaba a las personas

con insistencia, procurando fijar en aquellas figuras mutables su placer aún húmedo de lágrimas por la madre. Se desvió de los carros, logró acercarse al autobús burlando la fila, espiando con ironía; nada impediría que esa pequeña mujer que caminaba moviendo las caderas subiera otro escalón misterioso en sus días.

El ascensor zumbaba en el calor de la playa. Abrió la puerta del apartamento mientras se liberaba de la gorra con la otra mano; parecía dispuesta a usufructuar de la anchura del mundo entero, camino abierto por su madre que le ardía en el pecho. Antonio apenas si levantó los ojos del libro. La tarde de sábado siempre había sido "suya", y, después de la partida de Severina, la recuperaba con placer, junto al pequeño gabinete.

–¿"Ella" se fue?

–Sí, respondió Catarina empujando la puerta del cuarto de su hijo. Ah, sí, allí estaba el niño, pensó con alivio súbito. Su hijo. Flaco y nervioso. Desde que se había puesto de pie caminaba con firmeza; pero casi a los cuatro años hablaba como si desconociera los verbos: constataba las cosas con frialdad, sin ligarlas entre ellas. Allí estaba, moviendo el mantel mojado, exacto y distante. La mujer sentía un calor bueno y le gustaría detener al niño para siempre en este momento; le zafó el mantel de las manos con gesto de censura: ¡este chico! Pero el niño miraba indiferente el aire, comunicándose consigo mismo. Estaba siempre distraído. Nadie había logrado aún llamarle realmente la atención. La madre sacudía el mantel en el aire e impedía con su forma la visión del cuarto: mamá, dijo el niño. Catarina se dio vuelta con rapidez. Era la primera vez que él decía "mamá" en ese tono y sin pedir nada. Había sido más que una constatación: ¡mamá! La mujer siguió sacudiendo el mantel con violencia y se preguntó a quién podría contar lo que había sucedido, pero no encontró a nadie que entendiera lo que ella no pudiese explicar. Alisó el mantel con vigor antes de colgarlo a secarse. Tal vez pudiese contar, si cambiara la forma. Contaría que el hijo había dicho: mamá, ¿quién es Dios? No, tal vez: mamá, el niño quiere a Dios. Tal vez. Sólo en símbolos la verdad cabría, sólo en símbolos podrían recibirla. Con los ojos sonriendo de su mentira necesaria, y sobre todo de su propia simpleza, huyendo de Severina, de súbito la mujer rió de hecho al niño, no sólo con los ojos: el cuerpo todo rió quebrado, quebrado y envuelto, y una aspereza apareciendo como una ronquera. Fea, dijo entonces el chico, examinándola.

–Vamos a pasear, respondió ruborizándose, y tomándolo de la mano.

Pasó por la sala, sin parar avisó al marido: ¡vamos a salir! y abrió la puerta del apartamento.

Antonio apenas si tuvo tiempo de levantar los ojos del libro; y, con sorpresa, espió la sala ya vacía. ¡Catarina! llamó, pero ya se oía el ruido del ascensor descendiendo. ¿A dónde fueron? se preguntó inquieto, tosiendo y sonándose la nariz. Porque el sábado era suyo, pero quería que su mujer y su hijo estuvieran en casa mientras él disfrutaba de su sábado. ¡Catarina! llamó molesto aunque supiera que ella no podía ya oírlo. Se levantó, fue hasta la ventana y un segundo después divisó a su mujer y a su hijo en la acera.

Los dos se habían detenido, la mujer decidiendo acaso el camino a tomar. Y de pronto poniéndose en marcha.

¿Por qué andaba ella con tanta firmeza, asegurando la mano del niño? Por la ventana vio a su mujer prendiendo con fuerza la mano del niño y caminando de prisa, mirando fijamente hacia adelante; e, incluso sin ver, el hombre adivinaba su boca endurecida. El niño, no se sabía por qué oscura comprensión, también miraba fijamente al frente, sorprendido e ingenuo. Vistas desde arriba, las dos figuras perdían la perspectiva familiar, parecían pegadas al suelo y más oscuras a la luz del mar. Los cabellos del niño volaban…

El marido se repitió la pregunta que, incluso bajo su inocencia de frase cotidiana, lo inquietó: ¿a dónde van? Veía preocupado que su mujer guiaba al niño y temía que en este momento en que ambos estaban fuera de su alcance ella transmitiera a su hijo… ¿pero qué? “Catarina”, pensó, “¡Catarina, este niño todavía es inocente!” En qué momento ocurrió que la madre, apretando a un niño, le daba esa prisión de amor que se abatiría para siempre sobre el futuro hombre. Más tarde su hijo, ya hombre, solo, estaría de pie frente a esta misma ventana, golpeando el vidrio con los dedos; preso. Obligado a responder a un muerto. Quién sabría jamás en qué momento la madre transfería al hijo la herencia. Y con qué sombrío placer. Ahora madre e hijo comprendiéndose dentro del misterio compartido. Además nadie sabría de qué negras raíces se alimenta la libertad de un hombre, “Catarina”, pensó con cólera, “¡el niño es inocente!”. Sin embargo habían desaparecido por la playa. El misterio compartido.

"¿Pero, y yo, y yo?" preguntó asustado. Los dos se habían marchado solos. Y él se había quedado. "Con su sábado". Y su gripa. En el apartamento ordenado, donde "todo fluía bien". ¿Quién sabe si su mujer estaba huyendo con el hijo de la sala de luz bien regulada, de los muebles bien escogidos, de las cortinas y de los cuadros? Había sido eso lo que él le había dado. Apartamento de un ingeniero. Y sabía que si la mujer se aprovechaba la situación de un marido joven y lleno de futuro, la despreciaba también, con aquellos ojos mañosos, huyendo con su hijo nervioso y flaco. El hombre se inquietó. Porque no podría seguir dándole sino: más éxito. Y porque sabía que ella le ayudaría a conseguirlo y odiaría lo que consiguieran. Así era aquella calmada mujer de treinta y dos años que nunca hablaba desatinos, como si hubiera vivido siempre. Las relaciones entre ambos eran tan tranquilas. A veces él trataba de humillarla, entraba al cuarto mientras ella se cambiaba de ropa porque sabía que detestaba ser vista desnuda. ¿Por qué le hacía falta humillarla? No obstante, él sabía muy bien que ella sólo sería de un hombre mientras fuera orgullosa. Pero se había habituado a volverla femenina de este modo: la humillaba con ternura, y luego ella sonreía, ¿sin rencor? Tal vez de todo eso hubieran nacido sus relaciones pacíficas, y aquellas conversaciones en voz tranquila que hacían la atmósfera de hogar para el niño. ¿O éste se irritaba a veces? En ocasiones el chico se irritaba, golpeaba el suelo con los pies, gritaba bajo pesadillas. De dónde había nacido esa criaturilla vibrante, sino de lo que su mujer y él habían recortado de la vida diaria. Vivían tan tranquilos que, si se acercaba un momento de alegría, se miraban rápidamente, casi irónicos, y los ojos de ambos decían: no vamos a gastarlo, no vamos ridículamente a usarlo. Como si hubieran vivido desde siempre.

Pero él la había contemplado desde la ventana, la había visto andar de prisa, llevando de la mano al hijo, y se había dicho: ella está tomando el momento de alegría, sola. Se había sentido frustrado porque desde hacía mucho no podría vivir sino con ella. Y ella lograba tomar sus momentos, sola. Por ejemplo, ¿qué había hecho su mujer entre el tren y el apartamento? No que sospechara de ella, pero se inquietaba.

La última luz de la tarde estaba pesada y se abatía con gravedad sobre los objetos. Las arenas estallaban secas. El día entero había estado bajo esa amenaza de irradiación. Que en ese momento, aunque sin reventar, se ensordecía cada vez más y zumbaba en el ascensor ininterrumpido del

edificio. Cuando Catarina volviera, cenarían apartando las mariposas. El niño gritaría en su primer sueño, Catarina interrumpiría un momento la cena… ¡¿y el ascensor no se detendría ni siquiera por un instante?! No, el ascensor no se detendría ni un instante.

–Después de la cena iremos al cine, resolvió el hombre. Porque después del cine sería al fin de noche, y este día se quebraría como las olas en las rocas del Arpoador.

Lazos de familia (1960)

Rubem Fonseca

Corazones solitarios*

* *Coraçoes solitários*.
Traducción de Julio Paredes

Trabajaba en un diario popular como reportero de casos policiacos. Hacía mucho tiempo que no ocurría en la ciudad un crimen interesante, que involucrara a una rica y linda joven de la sociedad, muertes, desapariciones, corrupción, mentiras, sexo, ambición, dinero, violencia, escándalo.

Crimen así ni en Roma, París, Nueva York, decía el editor del diario, estamos en una fase mala. Pero dentro de poco eso cambiará. La cosa es cíclica, cuando menos lo esperamos estalla uno de aquellos escándalos que da materia para un año. Todo está podrido, a punto, sólo es esperar.

Antes de que estallara me echaron.

Sólo pequeño comerciante matando socio, pequeño bandido matando a pequeño comerciante, policía matando a pequeño bandido. Cosas pequeñas, le dije a Oswaldo Peçanha, editor-jefe y propietario del diario Mujer.

También hay meningitis, esquistosomosis, mal de Chagas, dijo Peçanha.

Pero fuera de mi área, dije.

¿Ya leíste Mujer?, Peçanha preguntó.

Admití que no. Me gusta más leer libros.

Peçanha sacó una caja de puros de la gaveta y me ofreció uno. Encendimos los puros. Al poco tiempo el ambiente era irrespirable. Los puros eran ordinarios, estábamos en verano, las ventanas cerradas, y el aparato de aire acondicionado no funcionaba bien.

Mujer no es una de esas publicaciones a color para burguesas que hacen régimen. Está hecha para la mujer de la Clase C, que come arroz con fríjoles y si engorda el problema es suyo. Echa una ojeada.

Peçanha lanzó frente a mí un ejemplar del diario. Formato tabloide, encabezados en azul, algunas fotos fuera de foco. Fotonovela, horóscopo, entrevistas con artistas de televisión, corte y costura.

¿Crees que podrías hacer la sección De Mujer a Mujer, nuestro consultorio sentimental? El tipo que lo hacía se despidió.

De Mujer a Mujer estaba firmado por una tal Elisa Gabriela. Querida Elisa Gabriela, mi marido llega todas las noches borracho y…

Creo que puedo, dije.

Perfecto comienzas hoy. ¿Qué nombre quieres usar?

Pensé un poco.

Nathanael Lessa.

¿Nathanael Lessa?, dijo Peçanha, sorprendido y molesto, como si hubiera dicho un nombre feo, u ofendido a su madre.

¿Qué tiene? Es un nombre como cualquier otro. Y estoy rindiendo dos homenajes.

Peçanha dio unas chupadas al puro, irritado.

Primero, no es un nombre como cualquier otro. Segundo, no es un nombre de la Clase c. Aquí sólo usamos nombres del agrado de la Clase c, nombres bonitos. Tercero, el diario rinde homenaje sólo a quien yo quiero y no conozco a ningún Nathanael Lessa y, finalmente –la irritación de Peçanha aumentaba gradualmente, como si estuviera sacando algún provecho de ella– aquí ninguno, ni siquiera yo mismo, usa seudónimos masculinos. ¡Mi nombre es María de Lourdes!

Di otra ojeada al diario, inclusive en el directorio. Sólo había nombres de mujer.

¿No te parece que un nombre masculino da más credibilidad a las respuestas? Padre, marido, medico, sacerdote, patrón sólo hay hombres diciéndoles lo que ellas tienen que hacer. Nathanael Lessa funciona mejor que Elisa Gabriela.

Eso mismo es lo que no quiero. Aquí ellas se sienten dueñas de su nariz, confían en la gente, como si todas fuéramos comadres. Llevo veinticinco

años en este negocio. No me vengas con teorías no comprobadas. Mujer está revolucionando la prensa brasilera, es un diario diferente que no da noticias viejas de la televisión de antaño.

Estaba tan irritado que no pregunté lo que Mujer se proponía. Tarde o temprano me lo diría. Yo sólo quería el empleo.

Mi primo, Machado Figueiredo, que también tiene veinticinco años de experiencia, en el Banco de Brasil, acostumbra decir que está siempre abierto a teorías no comprobadas. Yo sabía que Mujer debía dinero al banco. Y sobre de la mesa de Peçanha había una carta de recomendación de mi primo.

Al oír el nombre de mi primo, Peçanha palideció. Dio un mordisco al puro para controlarse, después cerró la boca, pareciendo que iba a silbar, y sus gruesos labios temblaron como si tuviera un grano de pimienta en la lengua. En seguida abrió la boca y golpeó con la uña del pulgar los dientes sucios de nicotina, mientras me observaba de manera que él debía considerar llena de significados.

Podía añadir Dr. a mi nombre: Dr. Nathanael Lessa.

¡Rayos! Está bien, está bien, protestó Peçanha entre dientes, empiezas hoy.

Fue así como pasé a formar parte del equipo de Mujer.

Mi mesa quedaba cerca de la mesa de Sandra Marina, que firmaba el horóscopo. Sandra era conocida también como Marlene Kátia, al hacer entrevistas. Era un muchacho pálido, de bigotes largos y ralos, conocido también como Joao Albergaria Duval. Hacía poco tiempo había salido de la escuela de comunicaciones y vivía lamentándose, ¿por qué no estudié odontología?, ¿por qué?

Le pregunté si alguien traía las cartas de los lectores a mi mesa. Me dijo que hablara con Jacqueline, en expedientes. Jacqueline era un negro grande de dientes muy blancos.

Está mal que sea yo el único aquí adentro que no tenga nombre de mujer, van a pensar que soy maricón. ¿Las cartas? No tienes ninguna carta. ¿Crees que la mujer de la clase C escribe cartas? La Elisa las inventaba todas.

Estimado Dr. Nathanael Lessa. Conseguí una beca de estudios para mi hija de diez años, en una escuela elegante de la zona sur. Todas las compañeritas suyas van al peluquero, por lo menos una vez a la semana. Nosotros no tenemos dinero para eso, mi marido es chofer de autobús de la línea Jacaré-Caju, pero dice que va a trabajar horas extras para mandar a Tania Sandra, nuestra hijita, al peluquero. ¿El señor no cree usted que los hijos se merecen todos los sacrificios? Madre Dedicada. Villa Kennedy.

Respuesta: Lave la cabeza de su hija con jabón de coco y póngale rulos. Queda igual que en el peluquero. De cualquier manera, su hija no nació para ser muñequita. Como tampoco la hija de nadie. Tome el dinero de las horas extras y compre otra cosa más útil. Comida, por ejemplo.

Apreciado Dr. Nathanael Lessa. Soy bajita, gordita y tímida. Siempre que voy al mercado, al almacén, a la plaza me dejan todas al final de la cola. Me engañan en el peso, en el cambio, el fríjol tiene bichos, la harina de maíz está mohosa, cosas así.

Acostumbraba sufrir mucho, pero ahora estoy resignada. Dios los está mirando y en el Juicio Final van a pagarlo. Doméstica Resignada. Penha.

Respuesta: Dios no está mirando a nadie. Quien tiene que defenderte eres tú misma. Sugiero que grites, increpes a todo el mundo, que hagas escándalo. ¿No tienes ningún pariente en la policía? Bandido también sirve. Arréglate, gordita.

Apreciado Dr. Nathanael Lessa: Tengo veinticinco años, soy mecanógrafa y virgen. Encontré a ese muchacho que dice que me ama mucho. Trabaja en el Ministerio de Transporte y dice que se quiere casar conmigo, pero que primero quiere experimentar. ¿Qué te parece? Virgen Loca. Parada de Lucas.

Respuesta: Escucha esto, Virgen Loca, pregúntale al tipo qué va a hacer si no le gusta la experiencia. Si dice que te abandona, dáselo, porque es un hombre sincero. No eres grosella ni caldo de jiló para que te prueben, pero hombres sinceros hay pocos, vale la pena intentar. Fe y adelante, con pie firme.

Fui a almorzar.

A la vuelta Peçanha me mandó llamar. Tenía mi trabajo en la mano.

Hay algo aquí que no me gusta, dijo.

¿Qué?, pregunté.

¡Ah! ¡Dios mío!, la idea que la gente se hace de la Clase C, exclamó Peçanha, balanceando la cabeza pensativamente, mientras miraba para el techo y ponía boca de silbido. Quienes gustan ser tratadas con palabrotas y puntapiés son las mujeres de la clase A. Acuérdate de aquel lord inglés que dijo que su éxito con las mujeres era porque trataba a las ladies como putas y a las putas como ladies.

Está bien. ¿Entonces cómo debo tratar a nuestras lectoras?

No me vengas con dialécticas. No quiero que las trates como putas. Olvida al lord inglés. Pon alegría, esperanza, tranquilidad y confianza en las cartas, eso es lo que quiero.

Dr. Nathanael Lessa. Mi marido murió y me dejó una pensión muy pequeña, pero lo que me preocupa es estar sola, a los cincuenta y cinco años de edad. Pobre, fea, vieja y viviendo lejos, tengo miedo de lo que me espera. Solitaria de Santa Cruz.

Respuesta: Grabe esto en su corazón, Solitaria de Santa Cruz: ni el dinero, ni la belleza, ni la juventud, ni una buena dirección dan la felicidad. ¿Cuántos jóvenes ricos y hermosos se matan o se pierden en los horrores del vicio? La felicidad está dentro de nosotros, en nuestros corazones. Si somos justos y buenos, encontraremos la felicidad. Sea buena, sea justa, ame al prójimo como a sí misma, sonría al cajero del INPS cuando vaya a recibir la pensión.

Al día siguiente Peçanha me llamó y preguntó si podía también escribir la fotonovela. Producíamos nuestras propias fotonovelas, no es un fumeti italiano traducido. Elige un nombre.

Elegí Clarice Simone, eran otros dos homenajes, pero no le dije eso a Peçanha.

El fotógrafo de las novelas vino a hablar conmigo.

Mi nombre es Mónica Tutsi, dijo, pero puedes llamarme Agnaldo. ¿Tienes la papa lista?

Papa era la novela. Le expliqué que acababa de recibir el encargo de Peçanha y que necesitaba por lo menos dos días para escribir.

¿Días? Ja, ja, carcajeó, haciendo el ruido de un cachorro grande, ronco y domesticado, ladrándole al dueño.

¿Cuál es la gracia?, pregunté.

Norma Virginia escribía la novela en quince minutos. Tenía una fórmula. Yo también tengo una fórmula. Sal a dar una vuelta y te apareces por aquí en quince minutos, tendrás tu novela lista.

¿Qué pensaba de mí ese fotógrafo idiota? Sólo porque había sido reportero judicial no significaba que fuera una bestia. Si Norma Virginia, o cualquiera que fuera su nombre, escribía una novela en quince minutos, yo también la escribiría. Finalmente leí todos los trágicos griegos, los ibsens, los o'neals, los beckets, los chejovs, los shakespeares, las four hundred best televisión plays. Era sólo sacar una idea de aquí, otra de allá, y punto.

Un niño rico es robado por los gitanos y dado por muerto. El niño crece pensando que es un gitano auténtico. Un día encuentra una muchacha riquísima y los dos se enamoran. Ella vive en una rica mansión y tiene muchos automóviles. El gitanito vive en una carreta. Las dos familias no quieren que se casen. Surgen conflictos. Los millonarios mandan a la policía a arrestar a los gitanos. Uno de los gitanos cae muerto por la policía. Un primo rico de la muchacha es asesinado por los gitanos. Pero el amor de los dos jóvenes apasionados es superior a todas esas vicisitudes. Resuelven huir, romper con sus familias. En la fuga encuentran un monje piadoso y sabio que bendice la unión de los dos en un antiguo, pintoresco y romántico convento en medio de un bosque florido. Los dos jóvenes se retiran a la cámara nupcial. Son lindos, esbeltos, rubios de ojos azules. Se quitan la ropa. Oh, dice la muchacha, ¿qué es ese cordón de oro con medalla claveteada de brillantes que tienes en el pecho? ¡Ella tiene una medalla igual! ¡Son hermanos! ¡Tú eres mi hermano desaparecido!, grita la muchacha. Los dos se abrazan.

(Atención, Mónica Tutsi: ¿qué tal un final ambiguo?, hacer que aparezca en el rostro de los dos un éxtasis no fraternal, ¿ah? Puedo también cambiar el final y hacerlo más sofocliano: los dos descubren que son hermanos sólo

después del hecho consumado; desesperada, la muchacha salta de la ventana del convento reventándose allá abajo).

Me gustó tu historia, dijo Mónica Tutsi.

Una pizca de Romeo y Julieta, una cucharadita de Edipo Rey, dije modestamente.

Pero no sirve para que yo la fotografíe. Muchacho, tengo que hacer todo en dos horas. ¿Dónde voy a encontrar la rica mansión? ¿Los automóviles? ¿El convento pintoresco? ¿El bosque florido?

Ése es tu problema.

¿Dónde voy a encontrar, continuó Mónica Tutsi, como si no me hubiera escuchado, los dos jóvenes rubios esbeltos de ojos azules? Nuestros artistas son todos medio tirando a mulatos. ¿Dónde voy a encontrar la carreta? Haz otra, muchacho. Vuelvo dentro de quince minutos. ¿Y qué es sofocliano?

Roberto y Betty son novios y se van a casar. Roberto, que es muy trabajador, economiza dinero para comprar un apartamento y amueblarlo, con televisor a color, equipo de sonido, nevera, lavadora, brilladora, licuadora, batidora, máquina para lavar platos, tostadora, plancha eléctrica y secador de pelo. Betty también trabaja.

Ambos son castos. El matrimonio está fijado. Un amigo de Roberto, Tiago, le pregunta, ¿te vas a casar virgen? Necesitas ser iniciado en los misterios del sexo. Tiago, entonces, lleva a Roberto a casa de la Superputa Betatrón. (Atención, Mónica Tutsi, el nombre es un toque de ficción científica). Cuando Roberto llega allí descubre que la Superputa es Betty, su noviecita. ¡Oh! ¡Cielos! ¡Sorpresa terrible! Alguien dirá, tal vez un portero, ¡Crecer es sufrir! Fin de la novela.

Una palabra vale mil fotografías, dice Mónica Tutsi, estoy siempre en la parte podrida. Vuelvo en un rato.

Dr. Nathanael. Me gusta cocinar. Me gusta mucho también bordar y hacer crochet. Y por encima de todo me gusta ponerme un vestido largo de baile, pintarme los labios de carmesí, ponerme bastante colorete, ponerme rímel en los ojos. ¡Ah, qué sensación! Es una pena que tenga que quedarme encerrado en mi cuarto. Nadie sabe que me gusta hacer esas cosas. ¿Estoy equivocado? Pedro Redgrave. Tijuca.

Respuesta: ¿Equivocado, por qué? ¿Le está haciendo daño a alguien con eso? Ya tuve otro consultante que, como a usted, también le gustaba vestirse de mujer. Llevaba una vida normal, productiva y útil a la sociedad, tanto que llegó a ser obrerosupervisor. Vista sus vestidos largos, píntese la boca de escarlata, ponga color en su vida.

Todas las cartas deben ser de mujeres, advirtió Peçanha.

Pero esa es verdadera, dije.

No creo.

Entregué la carta a Peçanha. La miró poniendo cara de policía examinando un billete burdamente falsificado.

¿Crees que es una broma?, preguntó Peçanha.

Puede ser, dije. Y puede no ser.

Peçanha puso su cara reflexiva. Después:

Añade a tu carta una frase animadora, como por ejemplo, escribe siempre.

Me senté a la máquina.

Escribe siempre. Pedro, sé que éste no es tu nombre, pero no importa, escribe siempre, cuenta conmigo. Nathanael Lessa.

Mierda, dijo Mónica Tutsi, fui a hacer tu dramón y me dijeron que está copiado de una película italiana.

Canallas, atajo de babosos, sólo porque fui reportero judicial me llaman plagiario.

Calma, Virginia.

¿Virginia? Mi nombre es Clarice Simone, dije. ¿Qué cosa más idiota es esa de pensar que sólo las novias de los italianos son putas? Pues oye, yo conocí una novia de aquellas realmente serias, era hasta hermana de la caridad, y, fueron a ver, también era puta.

Está bien, muchacho, voy a fotografiar esa historia. ¿La Betatrón puede ser mulata? ¿Qué es Betatrón?

Tiene que ser rubia, pecosa. Betatrón es un aparato para la producción de electrones, dotado de gran potencial energético y alta velocidad, impulsado por la acción de un campo magnético que varía rápidamente, dije.

¡Mierda! Eso sí que es nombre de puta, dijo Mónica Tutsi, con admiración, retirándose.

Comprensivo Nathanael Lessa. He usado gloriosamente mis vestidos largos. Y mi boca ha sido tan roja como la sangre de un tigre y el romper de la aurora. Estoy pensando en ponerme un vestido de satén e ir al Teatro Municipal. ¿Qué opinas? Y ahora voy a contarte una gran y maravillosa confidencia, pero quiero que guardes el mayor secreto de mi confesión. ¿Lo juras? Ah, no sé si decirlo o no decirlo. Toda mi vida he sufrido las mayores desilusiones por creer en los demás. Soy básicamente una persona que no perdió su inocencia. La perfidia, la estupidez, la impudicia, la marrullería, me dejaron muy impresionada. Oh, cómo me gustaría vivir aislada en un mundo utópico hecho de amor y bondad. Mi sensible Nathanael, déjame pensar. Dame tiempo. En la próxima carta contaré más, tal vez todo. Pedro Redgrave.

Respuesta: Pedro. Espero tu carta, con tus secretos, que prometo guardar en los arcanos inviolables de mi recóndita conciencia. Continúa así, enfrentando altivo la envidia y la insidiosa alevosía de los pobres de espíritu. Adorna tu cuerpo sediento de sensualidad, ejerciendo los desafíos de una mente valerosa.

Peçanha preguntó:

¿Esas cartas también son verdaderas?

Las de Pedro Redgrave, sí.

Extraño, muy extraño, dijo Peçanha golpeando los dientes con las uñas, ¿qué opinas?

No opino nada, dije.

Parecía preocupado por algo. Hizo preguntas sobre la fotonovela, pero sin interesarse en las respuestas.

¿Qué tal la carta de la cieguita?, pregunté.

Peçanha agarró la carta de la cieguita y mi respuesta y leyó en voz alta: Querido Nathanael. No puedo leer lo que escribes. Mi abuelita adorada me lo lee. Pero no pienses que soy analfabeta. Lo que soy es cieguita. Mi querida abuelita me está escribiendo la carta, pero las palabras son mías. Quiero enviar unas palabras de consuelo a tus lectores, para que ellos, que sufren tanto con pequeñas desgracias, se miren en mi espejo. Soy ciega pero soy feliz, estoy en paz, con Dios y con mis semejantes. Felicidades para todos. Viva el Brasil y su pueblo. Cieguita Feliz. Carretera del Unicornio, Nova Iguacu. P.S. Olvidé decir que también soy paralítica.

Peçanha encendió un cigarro. Conmovedor, pero Carretera del Unicornio suena falso. Me parece mejor que pongas Carretera de Catavento, o algo así. Veamos ahora tu respuesta: Cieguita Feliz, felicitaciones por tu fuerza moral, por tu fe inquebrantable en la felicidad, en el bien, en el pueblo y en el Brasil. Las almas de aquellos que desesperan en la adversidad deben nutrirse de tu edificante ejemplo, un rayo de luz en las noches de tormenta.

Peçanha me devolvió los papeles. Tienes futuro en la literatura. Esta aquí es una gran escuela. Aprende, aprende, sé dedicado, no desfallezcas, suda la camiseta.

Me senté a la máquina:

Tesio, banquero, residente en la Boca do Mato, en Lins de Vasconcelos, casado en segundas nupcias con Frederica, tiene un hijo, Hipólito, del primer matrimonio. Frederica se apasiona por Hipólito. Tesio descubre el amor pecaminoso entre los dos. Frederica se ahorca en el mango del solar de la casa. Hipólito pide perdón al padre, huye de casa y vaga desesperado por las calles de la ciudad cruel hasta ser atropellado y muerto en la Avenida Brasil.

¿Cuál es el condimento aquí?, preguntó Mónica Tutsi.

Eurípides, pecado y muerte. Voy a contarte una cosa: Yo conozco el alma humana y no necesito de ningún griego viejo para inspirarme. Para un hombre de mi inteligencia y sensibilidad basta sólo mirar alrededor. Mírame bien a los ojos. ¿Has visto una persona más alerta, más lúcida?

Mónica Tutsi me miró fijo a los ojos y dijo:

Creo que estás loco.

Continué:

Cito los clásicos sólo para mostrar mi conocimiento. Como fui reportero judicial, si no lo hacía los cretinos esos no me respetarían. Leí miles de libros. ¿Cuántos libros crees que ha leído Peçanha?

Ninguno. ¿La Frederica puede ser negra?

Buena idea. Pero Tesio e Hipólito tienen que ser blancos.

Nathanael. Yo amo, un amor prohibido, un amor bajo sospecha, un amor secreto, un amor oculto. Amo a otro hombre. Y él también me ama. Pero no podemos andar por la calle con las manos tomadas, como los otros, intercambiar besos en los jardines y en los cines, como los otros, estar abrazados en la arena de las playas, como los otros, bailar en las discotecas, como los demás. No nos podemos casar, como los demás, y juntos enfrentar la vejez, la enfermedad y la muerte, como los demás. No tengo fuerza para resistir y luchar. Es mejor morir. Adiós. Ésta es mi última carta. Manda celebrar una misa por mí. Pedro Redgrave.

Respuesta: ¿Qué es eso Pedro? ¿Vas a desistir ahora, que encontraste tu amor? Oscar Wilde sufrió el infierno, fue abandonado, ridiculizado, humillado, procesado, condenado, pero agarró el toro por los cuernos. Si no se pueden casar, vivan juntos. Hagan testamento, el uno por el otro. Defiéndanse. Usen la ley y el sistema en su beneficio. Sean, como los otros, egoístas, solapados, implacables, intolerantes e hipócritas. Exploten. Expolien. Es legítima defensa. Pero, por favor, no hagas ningún acto desquiciado.

Mandé la carta y la respuesta a Peçanha. Las cartas sólo eran publicadas con su visto bueno.

Mónica Tutsi apareció con una muchacha.

Ésta es Mónica, dijo Mónica Tutsi.

Qué coincidencia, dije.

¿Qué coincidencia, qué?, preguntó la muchacha Mónica.

Que tengan el mismo nombre, dije.

¿Él se llama Mónica?, preguntó Mónica apuntando hacia el fotógrafo.

Mónica Tutsi. ¿Tú también eres Tutsi?

No. Mónica Amélia.

Mónica Amélia se quedó royendo una uña y observando a Mónica Tutsi.

Tú me dijiste que tu nombre era Agnaldo, dijo ella.

Allá afuera soy Agnaldo. Aquí dentro soy Mónica Tutsi.

Mi nombre es Clarice Simone, dije.

Mónica Amélia nos observó atentamente, sin entender nada. Veía dos personas circunspectas, demasiado cansadas para bromas, desinteresadas del propio nombre.

Cuando me case mi hijo, o mi hija, va a llamarse Hei Psiu, dije.

¿Es un nombre chino?, preguntó Mónica.

O igual Fiu Fiu, silbé.

Te estás volviendo nihilista, dijo Mónica Tutsi, retirándose con la otra Mónica.

Nathanael. ¿Sabes lo que es que dos personas se gusten? Éramos nosotros dos, yo y María. ¿Sabes lo que es dos personas perfectamente sincronizadas? Éramos nosotros, yo y María. Mi plato preferido es arroz, fríjoles, col a la mineira, farofa[1] y chorizo frito. ¿Imaginas cuál era el de María? Arroz, fríjoles, col a la mineira, farofa y chorizo frito. Mi piedra preciosa preferida es el Rubí. La de María, vas a ver, era también el Rubí. Número de la suerte, el 7; color, el Azul; día, el Lunes; película, del Oeste; libro, *El Principito;* bebida, Cerveza; colchón, el Anatom; equipo, el Vasco da Gama; música, la Samba; pasatiempo el Amor; todo igualito entre yo y ella, una maravilla. Lo que hacíamos en la cama, muchacho, no es que presuma, pero si fuera en el circo y le cobráramos la entrada a la gente nos haríamos ricos. En la cama ninguna pareja jamás fue invadida por tanta locura resplandeciente, fue capaz de una ejecución tan hábil, imaginativa, original, pertinaz, esplendorosa y gratificante como la nuestra. Y repetíamos varias veces al día. Pero no era sólo eso lo que nos unía. Si no tuvieras una pierna continuaría amándote, me decía. Si tú fueras jorobada no dejaría de amarte, le respondía yo. Si fueras sordomudo continuaría amándote, decía ella. Si tú fueras bizca no dejaría de amarte, yo le

respondía. Si fueras barrigón y feo continuaría amándote, decía ella. Si estuvieras toda marcada de viruela no dejaría de amarte, yo respondía. Si fueras viejo e impotente continuaría amándote, decía ella. Y estábamos intercambiando estos juramentos cuando un deseo de ser sincero me golpeó por dentro, hondo como una puñalada, y le pregunté, ¿y si no tuviera dientes, me amarías?, ella respondió, si no tuvieras dientes continuaría amándote. Entonces me saqué la dentadura y la puse encima de la cama, con un gesto grave, religioso y metafísico. Estuvimos los dos mirando la dentadura sobre la sábana, hasta que María se levantó, se puso un vestido y dijo, voy a comprar cigarros. Hasta hoy no ha vuelto. Nathanael, explícame qué fue lo que sucedió. ¿El amor acaba de repente? ¿Algunos dientes, míseros pedacitos de marfil, valen tanto? Odontos Silva.

Cuando iba a responder, apareció Jacqueline y dijo que Peçanha me estaba llamando.

En la oficina de Peçanha había un hombre con gafas y perilla.

Éste es el Dr. Pontecorvo, que es…, ¿qué es usted realmente?, preguntó Peçanha.

Investigador motivacional, dijo Pontecorvo. Como iba diciendo, primero hacemos un análisis de las características del universo que estamos investigando. Por ejemplo: ¿quién es el lector de Mujer? Vamos a suponer que es mujer y de la Clase C. En nuestras investigaciones anteriores ya analizamos todo sobre la mujer de la Clase C, dónde compra sus alimentos, cuántos interiores tiene, a qué hora hace el amor, a qué horas ve televisión, los programas de televisión que ve, en suma, un perfil completo.

¿Cuántos interiores tiene?, preguntó Peçanha.

Tres, respondió Pontecorvo, sin vacilar.

¿A qué hora hace el amor?

A las 21:30, respondió Pontecorvo de inmediato.

¿Y cómo descubren ustedes todo eso? ¿Llaman a la puerta de doña Aurora, en el conjunto residencial del INPS, ella abre la puerta y ustedes le dicen, Buenos días doña Aurora, ¿a qué hora se da su revolcada? Escucha, amigo mío, estoy en este negocio desde hace veinticinco años y no necesito a nadie para que me diga cuál es el perfil de la mujer de la Clase c. Lo sé

por experiencia propia. Ellas compran mi diario. ¿Entendiste? Tres interiores… ¡Ja!

Usamos métodos científicos de investigación. Tenemos sociólogos, psicólogos, antropólogos, estadistas y matemáticos en nuestro staff, dijo Pontecorvo, imperturbable.

Todo para sacarles el dinero a los ingenuos, dijo Peçanha con no disimulado desprecio.

Además, antes de venir para acá, recogí algunas informaciones sobre su diario, que creo serán de su interés, dijo Pontecorvo.

¿Y cuánto cuesta?, preguntó Peçanha con sarcasmo.

Se las doy gratis, dijo Pontecorvo. El hombre parecía hecho de hielo. Hicimos una minipesquisa sobre sus lectores y, a pesar del tamaño reducido de la muestra, le puedo asegurar, sin sombra de duda, que la gran mayoría, la casi totalidad de sus lectores, está compuesta por hombres, de la Clase B.

¿Qué?, gritó Peçanha.

Eso mismo, hombres, de la Clase B.

Primero, Peçanha se puso pálido. Después se fue poniendo rojo, y después violáceo, como si estuviera siendo estrangulando, la boca abierta, los ojos desorbitados, y se levantó de la silla y caminó tambaleante, los brazos abiertos, como un gorila loco en dirección a Pontecorvo. Una imagen impactante, incluso para un hombre de acero como Pontecorvo, incluso para un ex-reportero judicial. Pontecorvo retrocedió ante el avance de Peçanha hasta que, con la espalda en la pared, dijo, tratando de mantener la calma y la compostura: Tal vez nuestros técnicos se hayan equivocado.

Peçanha, que estaba a un centímetro de Pontecorvo, tuvo una violenta sacudida y, al contrario de lo que yo esperaba, no se abalanzó sobre el otro como un perro rabioso. Agarró sus propios cabellos con fuerza y empezó a arrancárselos, mientras gritaba, farsantes, estafadores, ladrones, aprovechados, mentirosos, canallas. Pontecorvo, ágilmente, se escabulló en dirección a la puerta, mientras Peçanha corría detrás arrojándole los mechones de pelo que arrancaba de su propia cabeza. ¡Hombres! ¡Hombres! ¡Clase B! gruñía Peçanha, con aire enloquecido.

Después, ya totalmente sereno –creo que Pontecorvo huyó por las escaleras–, Peçanha, nuevamente sentado detrás de su escritorio, me dijo: Es a ese tipo de gente a la que Brasil se entrega, manipuladores de estadísticas, falsificadores de informaciones, farsantes con sus computadores, todos creando la Gran Mentira. Pero conmigo no tienen opción. Puse al hipócrita en su lugar, ¿no es así?

Dije cualquier cosa, mostrándome de acuerdo. Peçanha sacó la caja de mata-ratas del cajón y me ofreció uno. Permanecimos fumando y conversando sobre la Gran Mentira. Después me dio la carta de Pedro Redgrave y mi respuesta, con el visto bueno, para que la llevara a composición.

En mitad de camino verifiqué que la carta de Pedro Redgrave no era la que yo le había enviado. El texto era otro:

Apreciado Nathanael, tu carta fue un bálsamo para mi corazón afligido. Me dio fuerzas para resistir. No haré ningún acto de locura, prometo que…

La carta terminaba ahí. Había sido interrumpida en la mitad. Extraño. No entendí. Había algo equivocado. Fui a mi escritorio, me senté y comencé a escribir la respuesta a Odontos Silva:

Quien no tiene dientes tampoco tiene dolor de dientes. Y como dijo el héroe de la conocida pieza Mucho ruido y pocas nueces, nunca hubo un filósofo que pudiera aguantar con paciencia un dolor de muelas. Además, los dientes son también instrumentos de venganza, como dice el Deuteronomio: ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie. Los dientes son despreciados por los dictadores. ¿Recuerdas lo que dijo Hitler a Mussolini sobre un nuevo encuentro con Franco?: Prefiero arrancarme cuatro dientes. Temes estar en la situación del héroe de aquella obra Todo bien si al final ninguno se equivoca: sin dientes, sin gusto, sin todo. Consejo: ponte los dientes nuevamente y muerde. Si la dentellada no fuera buena, da puñetazos y puntapiés.

Estaba en la mitad de la carta del Odontos Silva cuando entendí todo. Peçanha era Pedro Redgrave. En lugar de darme de regreso la carta en la que Pedro me pedía que mandara a celebrar una misa y que yo le había entregado junto con mi respuesta hablando sobre Oscar Wilde, Peçanha me

entregaba una nueva carta, inacabada, ciertamente por equivocación, y que debía de llegar a mis manos por el correo.

Cogí la carta de Pedro Redgrave y fui a la oficina de Peçanha.

¿Puedo entrar?, pregunté.

¿Qué pasa? Entra, dijo Peçanha.

Le entregué la carta de Pedro Redgrave. Peçanha leyó la carta y advirtiendo la equivocación que había cometido, palideció, como era su natural. Nervioso, revolvió los papeles de la mesa.

Todo era una broma, dijo después, tratando de encender un puro. ¿Estás molesto?

En serio o en broma, para mí es lo mismo, dije.

Mi vida da para una novela…, dijo Peçanha. Esto queda entre nosotros dos, ¿de acuerdo?

Yo no sabía bien lo que él quería que quedara entre nosotros, que su vida daba para una novela o que él era Pedro Redgrave. Pero respondí:

Claro, sólo entre nosotros dos.

Gracias, dijo Peçanha. Y dio un suspiro que cortaría el corazón de cualquier otro que no fuera un ex-reportero judicial.

Feliz año nuevo (1975)

* * *

[1] Plato de harina de mandioca con huevos, mantequilla y carne (N. del T.)

Dalton Trevisan

El vampiro de Curitiba*

* *O vampiro de Curitiba*.
Traducción de Norman Valencia

Ay, me dan ganas hasta de morirme. Mira, la boquita de ella está pidiendo beso –beso de virgen es como mordida de bicho peludo. Uno grita veinticuatro horas y se desmaya feliz. Es una de esas que moja los labios con la punta de la lengua para ser más excitante. ¿Por qué Dios hizo de la mujer el suspiro del joven y el desagüe del viejo? No es justo para un pecador como yo. Ay, me muero de sólo mirarla, imagínate entonces si… No te imagines, cotorra borracha. Son las once de la mañana, no sobrevivo hasta la noche. Si me fuese acercando, como quien no quiere la cosa –ay, querida, no es más que una hoja seca al viento– y me recostase bien despacio contra la muy traviesita. Creo que moriría: cierro los ojos y me derrito de gozo. No quiero del mundo más que dos o tres, sólo para mí. Aquí frente a ella puede que le fascine mi bigotico. ¡Desgraciada! Hizo que no me vio: he aquí una mariposa encima de mi cabecita loca. Mira a través de mí y lee el cartel del cine en el muro. ¿Yo, soy nube u hoja seca al viento? Maldita hechicera, quemarla viva, a fuego lento. Piedad no tiene en ese corazón negro de ciruela. No sabe lo que es gemir de amor. Bueno sería colgarla cabeza abajo, perdiendo sangre, desvaneciéndose.

¿Si no quiere, por qué exhibe sus gracias en vez de esconderlas? He de chuparles la carótida a todas, de una en una. Mientras tanto, apuro mis coñacs. Por causa de una perrita como esa que va ahí contoneándose toda. Yo quieto en mi rincón, ella comenzó. Nadie diga que soy un degenerado. En el fondo de cada hijo de familia duerme un vampiro –no sientas gusto de sangre. Eunuco, ah, ya quisiera. Castrado a los cinco años. Muérdete la lengua, desgraciado. Un ángel puede –¡decir amén! Es muy sufrido ver muchachas bonitas –y son tantas. Perdona la indiscreción, querida, ¿les dejas el bizcocho relleno[1] a las hormigas? ¿O, permites, mi flor? Sólo un

poquito, un besito. Uno más, sólo uno más. Y otro. No te va a doler, y si te duele, que caiga yo tieso a tus pies. Por Dios del cielo que no te haré daño; a mí me dicen Nelsinho, el delicado.

¿Ojos velados que suplican y huyen al sorprender en el anteojo el destello del crimen? Con ellas, usar encantos y dulzuras. Ser gentilísimo. La impaciencia es la que me pierde, ¿a cuántas no ahuyenté con un gesto precipitado? Culpa mía no es. Ellas crearon lo que soy– corteza de palo podrido donde florece la araña, la culebra, el escorpión. Siempre con afeites, pintándose, adorándose en el espejo de bolsillo. Si no es para dejar turbado a un pobre cristiano, ¿para qué es entonces? Mira las hijas de la ciudad, cómo crecen: ni trabajan ni fían, y vaya que están gorditas. Esa es una de las lascivas que se deleitan en rascarse. Oye el trazo de la uña en la media de seda. Que me arañase el cuerpo entero, vertiendo sangre del pecho. Aquí yace Nelsinho, el finado, por causa de ataque. Genio del espejo, ¿existe en Curitiba alguien más afligido que yo?

¡No mires, infeliz! No mires que estás perdido. Esa es de las que se divierten al seducir a un adolescente. Toda de negro, medias negras, ú-lá-lá. ¿Huérfana o viuda? Marido enterrado, el velo esconde las espinillas que, de la noche a la mañana, irrumpen en el rostro –el sarampión de la viudez en flor. Furiosa, acoge al lechero y al panadero. Muchas noches se revuelca en la cama de matrimonio, se refresca con un abanico que va emanando valeriana. Otras, con la ropa de la cocinera, a la caza de un soldado por la calle. Ella está de negro, la cuarentena del luto. Repara en la falda corta, se distrae en halarla sobre la rodilla. Ah, la rodilla… Redondita, de una curva más dulce que un durazno maduro. Ay, ser la liga roja que aprieta el muslo fosforescente de blancura. Ay, el zapato que hiere un pie. Y, cual zapato, ser aplastado por la dueña del piececito y morir gimiendo. ¡Como un gato!

Atención, paró un carro. Ella va a bajarse. Colocarme en posición. Ay, querida, no hagas eso: ya lo vi todo. Disimula un poco, viene el marido, raza de cornudo. Atrae al pobre muchacho para que se acueste con su mujer. Se contenta con espiar al lado de la cama –creo que yo quedaría inhibido. En el fondo, héroe de buenos sentimientos. Aquel tipo del bar, algo así pasó con él. ¿Ese, ahí, es uno de aquellos? Caray, qué mirar feroz. Algunos prefieren al muchacho, ¿sería capaz de…? Dios me libre, besar a otro hombre, y menos si es de bigote y peste de cigarrillo. En la puntita de la lengua la mujer filtra la miel que embriaga al colibrí y enfurece al vampiro.

Temprano la casadita va de compras. Ah, pintada de oro, vestida de plumas y armiño – rasgando con los dientes, dejarla apenas con el pelo del cuerpo. Oh, bracito desnudo y rechoncho –¿si no quiere por qué muestra en lugar de esconder? –con una aguja dibujo un tatuaje obsceno. Ten piedad, Señor, son tantas y yo tan solo.

Allí va una de la escuela normal. ¿Una de esas, disfrazada? Si yo diese con aquel famoso burdel. Todas de azul y blanco –¡oh madre del cielo!– desfilando con media negra y liga roja por el salón de espejos. No hagas eso, querida, que entro en levitación: la fuerza de los veintiuno. Mira, suspendido a nueve centímetros del suelo, me desharía en vuelo si no fuese por el lastre de la palomita del amor. Dios mío, hazte viejo de prisa. Cierra los ojos, cuenta uno, dos, tres y, al abrirlos, anciano de barba blanca. No te ilusiones, cotorra borracha. Ni el patriarca merece confianza, y de inmediato viene la ducha fría, la cantárida[2], el anillo mágico –¡conocí cada padre de familia!

Atropellado por un carro, ¿si la policía encontrase en el bolsillo esta colección de retratos? Linchado por pervertido, vergüenza de la ciudad. Mi padrino nunca me lo perdonaría: el niño que marcaba con migajas de pan el camino por el bosque. Primero, una foto en la revista del dentista. Luego, en la carta a una viudita de séptimo día. Imagina el susto, la vergüenza fúlgida, las horas de delirio en la alcoba –la palabra alcoba un nudo en la garganta.

Toda familia tiene una virgen ardiente en un cuarto. No me engaña, la descarada: baño de asiento, tres letanías y a la ventana, ojos bien abiertos para el primer varón. Allá envejece, con el codo en la almohada, la solterona en su tina de formol.

¿Por qué la mano en el bolsillo, querida? Mano peluda de hombre lobo. No mires ahora. Cara fea, estás perdido. Demasiado tarde vi la rubia: maizal ondeante por el peso de sus espigas maduras. Oxigenada, de ceja negra –¿cómo no roerse las uñas? Por ti seré más grande que el motociclista del “Globo de la Muerte”. Déjala ser, quiere un galán de bigotico. Ahora, bigotico yo si tengo. No soy galán, pero soy simpático, ¿eso no vale nada? Una vergüenza a mi edad. Allá voy atrás de ella; cuando niño era detrás de esa bandita, la orquesta Tiro Rio Branco.

Desdeñosa, el paso resuelto le saca chispas a las piedras.

La yegua misma de Atila –donde pisa, la grama no crece. ¿No sientes en el brazo la baba de mis ojos? Si existe la fuerza del pensamiento, en la nuca los siete besos de la pasión.

Va lejos. No llegó a oler en la rosa la ceniza del corazón de golondrina.[3] La rubia, tonta, se abandona ahí mismo. ¡Oh murciélago, oh golondrina, oh mosca! Madre del cielo, hasta las moscas son instrumento del placer –¿a cuántas les arranqué las alas? Bramo a los cielos: ¿cómo no tener espinillas en la cara?

Yo os desprecio, vírgenes crueles. A todas las podría disfrutar –ni una posó sobre mí el ojo estrábico de la lujuria. Ah, yo, chivo inmundo y cornudo, se arrastrarían y besarían mi cola peluda.

Tan bueno, sólo puedo morir. Calma, muchacho. Admirando las pirámides altivas de Keops, Kefrén y Micerino, ¿a quién le importa la sangre de los esclavos? Socórreme, oh Dios. No hay vergüenza, Señor, en llorar en medio de la calle. Pobre muchacho en la maldición de los veinte años. ¿Cargar un frasco de sanguijuelas y, a la hora del peligro, pegárselas en la nuca?

Si el ciego no ve el humo y no fuma, oh Dios, entiérrame en el ojo tu aguja de fuego. Ya no más perro sarnoso atormentado por las pulgas, dando vueltas para morderse la cola. Como despedida –oh curvas, oh delicias– concédeme la mujercita que va ahí. En trueque por la última hembra yo salto en el brasero– los pies en carne viva. Ay, ganas hasta de morirme. La boquita de ella pidiendo beso –beso de virgen es mordida de bicho peludo. Uno grita veinticuatro horas y se desmaya feliz.

* * *

[1] En el original, “recheio do sonho”, un postre de pan relleno de crema. (N del T.)

[2] La cantárida es un escarabajo verde que, según tradiciones populares, tiene cualidades afrodisiacas. Se le conoce también como “mosca española”.

[3] Otra sustancia para producir deseo.

Nélida Piñón

Ave de paraíso*

* *Ave do Paraíso*.
Traducción de Elkin Obregón

Una vez por semana visitaba a la mujer. Para exaltarse, decía conmovido. Ella le creía, y lo recibía con pastel de chocolate, licor de peras y frutas recogidas en la huerta. Los vecinos comentaban aquellos extraños encuentros, pero ella lo quería cadavez más. Él, adivinando su vida difícil, le pedía disculpas con los ojos, como diciendo, de qué otro modo debo amarte.

Comía el pastel rehusaba lo demás. Aunque la mujer insistiera. Es por ceremonia, pensaba ella escondiéndose en su sombra. Una vez le preparó una cena de sorpresa. La comida olía muy bien, las esencias acababan de llegar de la China. Brillaban los cubiertos y los adornos comprados especialmente para el día de la fiesta, cuando él abriría los ojos, encantado.

El hombre observó todo con aprobación. Siempre la había juzgado sensible a la armonía y a la gracia. Una confianza que sintió desde el mismo instante en que se conocieron: en el tranvía, advirtiendo que había olvidado el dinero del pasaje, ellamiró alrededor sin decidirse a pedir auxilio. Él pagó y le dijo, casi en un susurro, yo también necesito ayuda, ella sonrió y él le tomó la mano, ella accedió con timidez, y cuando la dejó a salvo frente a su puerta le prometió volver al día siguiente.

–No insistas, no quiero cenar. Con naturalidad, parecía un pez inspeccionando el mar. Ella lloró, pensando, entre tantos hombres Dios me destinó el más difícil. Fue el único instante de desfallecimiento en su amor. Al otro día recibió rosas, y la tarjeta tan solo decía: amor. Ella rió arrepentida, condenando su incontinencia. No debía haberlo sometido a semejante prueba, que él rehusó heroicamente. En la siguiente visita la amó con fervor de apátrida, y repetía en voz baja su nombre.

Una vez desapareció tres meses, sin cartas, telegramas ni llamadas telefónicas. Ella pensó, voy a morir. En torno de la misma mesa, el mantel pintado de rojo, que había preparado durante un largo sábado, la cama de sábanas blancas, que ella lavaba personalmente, evitando el exceso de anilina, la casa, en fin, que él dejó de frecuentar sin dar aviso. Recorría las calles y a cada suspiro agregaba:

–Qué es de una mujer sin la historia de su amor.

Había cursado el bachillerato en su ciudad natal. No quiso ser profesora. Desde pequeña soñaba con casarse. Su única ambición. Temía al hijo ajeno extrayéndole una fuerza que los de su propia carne merecían. La madre protestó, necesitaban dinero. El padre había perdido el empleo, la edad le pesaba. Terminó en el mostrador de la farmacia de su padrino. Y la madre. Cosiendo por encargo. A ella le correspondía encargarse de los oficios de la casa, ya que se negaba a ejercer el magisterio. Fue entonces cuando descubrió los encantos de la cocina. Pero la receta del pastel vino más tarde: Norma apareció, muy elegante, con su vestido amartillo, pidiéndole ayuda para coser una falda plisada, modelo que había visto en el puesto de revistas de la esquina. Aunque pensaba que Norma era frívola, siempre insistiendo en que la acompañara a los bailes donde se pescaba novio con facilidad, nunca la censuró. Conoció entonces a la otra, amiga lejana de Norma. Compañeras en el curso de dactilografía, las dos ansiaban trabajar en una firma americana. Después viajarían a Estados Unidos, pasearían por la Quinta Avenida. Norma soñaba en conquistar un oficial americano. Lamentando que ya no nos visitaran, como en la época de la guerra. La otra oía, casi al final le preguntó:

–¿No quieres venir? Se refería la entrevista en la firma americana. Negó con la cabeza. Le dio vergüenza explicar que quería casarse. Era más fácil, y su corazón se lo pedía.

–Ya lo sé, a ti sólo se te pueden ofrecer recetas de pastel de chocolate, dijo la otra, molesta.

A esto sí accedió, entusiasmada. Exigiendo una receta escrita. Y que la otra telefonear a la madre, para que confirmara los ingredientes que en ese momento le dictaba de memoria. En casa, por lo estricto de los gastos, no pudo prepararla. Pero se consolaba: en cuanto ame a alguien lo sorprenderé con mis postres. Acarició siempre la esperanza de que los pasteles de

chocolate fueran la sobremesa del marido. Los dulces sólo servían para consentir al amado. Tanta simplicidad conmovía a Norma. Años más tarde, cuando se separaron y fue perdiendo los amigos, su destino era renunciar al mundo para conservar el amor. Antes de alejarse para siempre, Norma le dijo, poniéndole la mano en el hombro:

–Esto tenía que pasarte.

Quiso aún explicar, decirle que se engañaba. Pero Norma se marchó sin mirar atrás, caminando con decisión.

Cuando él volvió meses después, le trajo regalos, besó largamente su cabello, que según afirmaba olía a cielo, le hizo ver la importancia del viaje, no se arrepentía de haberse ido por el placer del regreso. A ella le pareció gentil su explicación. Corrió a la cocina, antes de que él la llevara a la alcoba. Valiéndose de dosis exactas trató de lograr la perfección. No admitía al amor si que el pastel estuviera esperándolos, especialmente los días de fiesta.

Él rió, encantado de aquel capricho, no se sentía con derecho a protestar. También él respetaba su libertad. Dejó que terminara. Ella volvió al fin, como diciéndole estoy lista para tu difícil ausencia. Siempre era discreta en las cosas del amor, y él apreciaba su recato. Repudiaría un proceder atrevido, que mancharía para siempre la ilusión de poseerla como si aún fuese la primera vez. Intuyéndolo, ella escondía la cabeza en la almohada, velando sus dulces lágrimas. Él gritaba, como un vasallo del rey Arturo:

–¡Las mujeres son gratas! ¡Las mujeres son gratas!

Ella interpretaba el sentido de sus palabras. Secaba sus lágrimas, entregándose con pudor. Jamás rehusaba tales escenas. A veces se repetían a la semana siguiente. Él fingía no advertir que ese encanto amenazaba con agotarse. Hacía cuanto podía por renovarlo. Por eso la amó tanto durante aquellos años. Su fantasía se apoyaba también en las sorpresas. En ocasiones adoptaba disfraces, barbas y bigotes falsos, pelucas. Llegaba sin prisa, dando tiempo a la sospecha de los vecinos. Y no para que pensaran que ella lo engañaba, sino porque le divertía crear esas ilusiones.

Obediente, ella se exaltaba. Aunque sufriera su ausencia. Su amor en días difíciles se inquietaba de tal modo que consultaba el calendario con la esperanza de que fuera día de pastel de chocolate, cuando sin duda él

vendría. Hasta el fin del año, el calendario registraba todos los días de su visita. Ella jamás le sugirió un cambio de fecha, o una mayor asiduidad. Respetaba aquel sistema.

En los comienzos de mes, sin embargo, él llegaba más temprano, trayendo el dinero para los gastos de la casa, y cualquier excedente que le hiciera falta. Lo depositaba sobre la frutera, aunque hubiera en ella bananos, peras, manzanas que ella adoraba, imaginándose entre la nieve. No sabía explicarlo, pero comiendo manzanas se sentía elegante, de guantes *pécari* importados, hablando francés y con un pañuelo de seda en la cabeza. Dejaba allí el dinero hasta que él partía. Después, lo ponía junto al misal. Los dos se sometían a los ritos.

Un día él dijo: –Vamos a salir ya mismo, porque nunca hemos ido al cine, y como quiero ir al cine contigo antes de morir, es hora de que cumplamos mi deseo–. Ella lo abrazó, llorando de alegría.

–¡Eres mío, cómo eres mío!

Fueron y no se divirtieron, él tildó de obscenos los episodios de amor. Ella estuvo de acuerdo, pero su felicidad no la impulsaba a la insistencia. Comieron helado mientras él seguía protestando. Ella se manchó el vestido, y entonces él rió, le gustaban sus curiosas intuiciones, su modo de errar en las cosas pequeñas.

La madre la visitaba dos o tres veces al año. Todavía cosía por encargo. Discretamente, preguntaba por él. Temía irritarla. Nunca había comprendido aquel casamiento. Él se había opuesto a que usara en la iglesia vestido de novia, alegando que el traje nupcial sólo debía ser visto por el esposo. Pero después de la ceremonia, ya a solas en el cuarto, le obsequió un vestido blanco, con velo y guirnaldas. Esa primera noche ella surgió ataviada a la medida de sus sueños, y él cerró los ojos y los abrió de nuevo para ver si ella estaba aún a su lado, la mujer que amaba, y conmovido habló del modo que ella comprendía: está hermosa, sólo faltaría que el sacerdote nos casara de nuevo. Y cuando en medio de la noche conocieron sus cuerpos él pidió que reposara, porque era él quien debía colgar en el armario el vestido de novia comprado para ella, con ninguna otra mujer podría haber obrado de esa manera, y ella nunca lo olvidó.

Así pues, cuando la madre la visitaba, la hija le preguntaba por el padre, cómo iban las cosas, sin invitarla nunca a quedarse, aunque vivía lejos, viajaba horas en tren para regresar a su casa. En aquellas breves visitas, la hija de nada se quejaba.

Parecía encantada con su situación. La madre nunca había visto una mujer más feliz. A veces sentía deseos de preguntar: a qué horas llega él. O prolongar la visita para verlo cuando viniera a cenar. Pero, a partir de las cuatro, la hija empezaba a ponerse inquieta, se levantaba a cada rato pretextando naderías, fingía ocupaciones, él solía demorarse, le aseguraba ansiosa. A la hora de la despedida, la madre siempre repetía:

–Bonita vuestra casa.

A la semana siguiente, adivinando, él preguntaba: –¿Y tu madre, nunca volvió? Ella ponía una cara triste, abrazada a él susurraba: sólo te tengo a ti en el mundo. Él la besaba y, como pidiendo disculpas, decía: –Vuelvo el próximo miércoles, ¿estás contenta? Ella sonreía, el rostro brillante, los cabellos como a él le gustaban. Ya con algunos hilos blancos. Hilos que él respetaba, pensando: ella es pura, es pura.

Un día no resistió. Llegó disfrazado, en una última tentativa de confundir a los vecinos. Traía en las manos sendas maletas. Ella sufrió en silencio la perspectiva de una larga ausencia. Lo ayudó como si estuviera cansado, la vida era dura para él. Le trajo agua helada, lamentando no tener una fuente en el solar, de tenerla la adornaría con piedras, tal vez pondría una imagen. El hombre bebió. Se quitó el disfraz, que nunca había recibido de ella censura alguna. Y asumiendo una fingida independencia habló en voz alta, para que ella escuchara.

–Terminó el tiempo de prueba. Esta vez vine para quedarme.

La mujer lo miró, escondiendo su profunda alegría, y corrió después a la cocina. Nadie la superaba en los pasteles de chocolate.

El calor de las cosas
y otros cuentos (1980)

Marina Colasanti

Como un collar*

**Como un colar.*
Traducción Beatriz Peña

Es ciega, decían todos. Pero la Princesa no era ciega. Desde el día de su nacimiento no había abierto los ojos. No porque no pudiese, sino porque no sentía necesidad. Desde el primer momento había visto tantas cosas bonitas detrás de sus párpados cerrados que nunca se le había ocurrido levantarlos. Era como si la ventana de sus ojos hubiera sido volteada hacia adentro, y recargada en esa ventana, se pasase los días entretenida. Pero eso no lo sabían los otros.

Y al no saberlo, el Rey, su padre, se lamentaba. en secreto; y lloraba a escondidas de la Reina, su madre, sin revelar jamás su sufrimiento delante de la hija, para que otro dolor no viniese a sumarse a la supuesta desgracia.

A lo largo de sus primeros años, los mejores médicos del reino fueron llamados para que la examinaran. Intentaron con pomadas, le recetaron pociones, le recomendaron un cambio de aires, le prescribieron baños fríos, le exigieron baños calientes. Sin embargo, como no se conseguía curar aquello que no estaba enfermo, se cansaron de luchar contra su propia ignorancia y, declarando el caso como único en la ciencia médica, se desinteresaron de él.

A partir de entonces, la Princesa vivió tranquila, cada vez más descubriendo aquel mundo sólo suyo, queriendo descubrir más y más.

Y mientras acumulaba por dentro su tesoro, otro tesoro se hacía por fuera, pues todos los años, desde que había nacido, su padre le daba el mismo, precioso, regalo de cumpleaños. La ceremonia era siempre igual. Las campanas del reino repicaban festejando la fecha. Y el Rey y la Reina, acompañados de los cortesanos, entraban en los aposentos de la Princesa. Siguiendo al Rey, un paje con una almohada de terciopelo color sangre, y

sobre ella, como pequeña luna translúcida y luminosa, una perla, que el Rey cogía entre sus dedos y, para admiración de la corte, la depositaba en la palma de la mano de su hija.

–Cuando cumplas quince años –decía abrazándola en cada ocasión–, mandaré hacer con ellas el más lindo collar del que jamás haya habido noticias.

Aprobaban sonrientes la Reina y los cortesanos, imaginando el esplendor de la joya que se engarzaría con las raras perlas del Oriente.

Acabada la ceremonia, cuando todos se habían retirado, la Princesa guardaba su perla junto con las otras en una caja de caoba forrada de seda, sin pensar más en ella hasta su próximo cumpleaños.

Y así habían pasado más de catorce años.

Fue una mañana de invierno del decimoquinto año, cuando la Princesa, que calentaba sus manos en el brasero, escuchó un ligero golpe en la ventana.

Silencio. Otro golpe seco, como si a una rama la hubiera tocado el viento; pero no había árboles cerca de la ventana, ni hacía viento. Y el golpeteo seguía.

La Princesa fue hasta la ventana y la abrió. Antes que sus manos comenzasen a tantear, un suave piquito fue a encontrarlas y suaves plumas las rozaron. Un ave que ella no sabría describir, cantó, puso su cabecita entre los dedos y comenzó a picotear el mármol de la cornisa cubierta de nieve.

–¡Pobrecita! –pensó la Princesa–. Sufriendo en este frío y sin tener nada que comer.

Se afligía, sin saber qué darle. Pero de repente, con un sobresalto de alegría, se acordó de las perlas, todos aquellos granos que su padre le había dado.

Sin vacilar, fue hasta la cajita de caoba, sacó una perla, y en la palma de su mano, así como la recibió de su padre, se la ofreció al palomo.

Un toque con el pico y se ausentó el ligero peso de la mano. Pronto el aletear de alas y un súbito viento en el rostro le dijeron también a la

Princesa que su visitante se había marchado.

Sonriendo, cerró la ventana.

Pero pasados algunos días, en una tarde en que el viento aullaba entre las grietas, nuevamente unos toquiditos en la ventana parecieron llamarla. Ella recibió entre las manos a su dulce amigo y le dio una perla para que comiera, y entre un aletear de plumas, el ave se fue.

Nevó e hizo mucho viento. Volvió el silencio a recostarse en el jardín. En la calma, el piquito tocó los cristales y la Princesa sonrió. La escena se volvió a repetir.

No fue la última. Durante aquel mes, y todavía en el otro, el palomo fue a visitar a la Princesa. En cada ocasión se llevaba una perla. Y cada vez demoraba más sus visitas.

De esta forma, la caja de caoba ya estaba vacía la mañana en que las campanas repicaron y la Princesa se acordó súbitamente de que era su cumpleaños. No tardaron mucho el Rey, la Reina y los cortesanos en entrar en sus aposentos. Y sobre la almohada, una perla.

Pero en esta ocasión, después de colocarla en la mano de la hija, el Rey, en voz alta, le pidió las otras catorce, pues ya era la hora de mandar hacer el collar al joyero real.

Se sobresaltó la Princesa. ¿Cómo iba a decirle a su padre, delante de todos, que ya no las tenía?

Cerrados los párpados sobre su secreto, mintió por primera vez. Pidió a su padre que regresara en tres días pues no recordaba donde había guardado la cajita, y seguramente tardaría para encontrarla.

El padre, pensando en las limitaciones de su hija para encontrar los objetos, aceptó, y salió con toda la corte.

En cuanto quedó solita, la Princesa abrió la ventana. Pero llamar no le sirvió de nada. De nada le sirvió aplaudir. Ningún rumor de alas perturbó el silencio.

Entonces una lágrima rodó lenta bajo los párpados cerrados, después otra, y otra. Todavía tibias sobre las pestañas, rápido se enfriaron en el

viento frío del invierno, cayendo heladas por su rostro, hasta que se congelaron poco antes de alcanzar la cornisa.

Fueron las congeladas lágrimas lo que ella encontró, recorriendo el mármol con sus dedos. Pero las sintió tan redondas y lisas que las confundió con las perlas y se alborozó de alegría, segura de que su amigo le había devuelto los preciosos granos.

Cerró rápidamente la ventana, guardó su tesoro en la caja, y cuando su padre viniese, ella ya tenía qué darle.

Pero cuando en tres días el Rey recibió la caja, no encontró en ella nada más que un charquito de agua mojando la seda.

–¿Dónde están las perlas?– A punto de la furia, el padre exigía explicaciones, y la Princesa no tuvo otro remedio que contarle cómo había recibido la visita de un ave, cómo era que cantaba de frío, y cómo, para quitarle el hambre, le había dado, uno por uno, todos los granos.

–¡¿Entonces no sabías el valor de aquellos granos?! –vociferó el Rey, sin poder contener su indignación. Y no había salido bien de sus aposentos cuando llamaba ya a gritos a su Ministro, ordenándole que los arqueros reales cazaran al palomo, y que le daría un valioso premio a quien le trajese las catorce perlas.

Palomo, pensó la Princesa oyendo el mandato de su padre, ése era el nombre de su amigo. Palomo, al que los arqueros buscarían para matarlo.

Se envolvió en un chal blanco de lana y abrió la puerta de vidrio que daba al jardín. Por primera vez, era necesario mirar. Lentamente, sin asustarse ni sorprenderse, abrió los ojos. Frente a ella, todo era apenas una larga curva de nieve, que deslumbraba, pero que en algún lugar escondía un palomo.

Descendió los pocos escalones y comenzó a caminar. A veces se detenía, frotaba sus manos, aplaudía. La nieve apagaba sus llamados. Hundiéndose, tropezando, arrastrando chal y vestido, se alejó del palacio. Tal vez ahora ya estuviese en el campo. Pasó por una cerca de espinos. Adelante, veía algunos arbustos. Llegó a un pequeño bosque. Los negros árboles agitaban en el viento las descarnadas ramas. Nuevamente la Princesa batió palmas. Pero en esta ocasión, un rumor conocido se hizo escuchar. He aquí que

entre lo negro y lo blanco, un bello palomo cenizo se acercó volando para posarse en su mano extendida.

A lo lejos, un arquero escondido atrás de un tronco vio la mancha ceniza moviéndose en el fondo blanquísimo. No vio la silueta de la Princesa, que envuelta en su blanco chal, se confundía con la nieve.

Sacó la flecha de la aljaba, tensó la cuerda. El palomo posó sus patitas de lacre en los dedos que lo esperaban, todavía batió sus alas para equilibrarse. Con un silbido de serpiente, lo alcanzó la saeta.

Un estremecimiento, un volar de plumas y sangre, un rasgar de carnes. Atravesado el cenizo cuerpo, ni así calmó su hambre la punta de hierro. Todavía avanzó. Y fue a clavarse en el corazón de la Princesa.

Tiemblan en el viento las negras ramas. Caída sobre la nieve, deshecho el capullo del chal, la Princesa cierra lentamente los ojos que había tardado tanto en abrir. Pero por la herida en el pecho del palomo rueda una perla, después otra y otra más. Catorce perlas escurren como gotas sobre el blanco regazo de la Princesa y preciosas, se anidan alrededor de su cuello. Como un collar.

La espada y la rosa (1992)

Tabajara Ruas

Lagoa Blues*

* Traducción de Elkin Obregón

Era raro encontrar a alguien que amara tanto como él a Chet Baker. Pensó en ello porque el equipo de sonido colgado en un rincón del café tocaba un cd de Stan Getz. Al menos parecía de Stan Getz, pues una voz brasilera emitía un lalalá sincopado y afinadísimo, y el cometió la tontería de confesar a la clienta de la mesa vecina su odio por esa lechada acuosa que servía Stan Getz.

El café era minúsculo, en una esquina del puesto de gasolina frente a la Lagoa, y se llamaba Café de Tom, lo cual lo estimuló a hacer aquel comentario a la clienta. Ella alzó hasta su frente los anteojos oscuros y lo contempló con todo el desprecio de sus ojos verdes.

Sabía que aquellos ojos eran verdes. Era experto en facciones, se había preparado científicamente en la academia en Washington y había desarrollado esa cualidad durante doce años de actividad permanente en la Policía Federal.

Cuando la mujer alzó sus lentes, saboreó su pequeño triunfo, ignorando el desprecio. La clienta tenía piernas largas y bronceadas, el short cortísimo y decenas de pulseras en los brazos. Podría ser paulista, paranaense o gaúcha: la mayoría de los frecuentadores del café venía de esos estados, tal como lo indicaban las placas de los carros estacionados al frente. La fiesta de Finados estaba encima y el pequeño centro de la Lagoa de la Concepción hervía de turistas.

La mujer de los ojos verdes no tenía aspecto de turista. Desde hacía mucho la Lagoa no era sólo el paraíso buscado por los visitantes de las ferias, sino también por personas que buscaban evadir el estrés de los grandes centros. La pacata villa de pescadores se había transformado rápidamente en un barrio de clase media internacional. No sólo paulistas y

gaúchos habían abierto sitios comerciales o bares o restaurantes o escuelas de todo tipo –de idiomas, de Karate, baile, meditación trascendental–, sino que además una gran cantidad de argentinos, uruguayos, chilenos e incluso ingleses y alemanes habían decidido irse a vivir a la Lagoa.

El sujeto que él buscaba era francés.

Miró el reloj. Once y veinticinco. Tenía cinco minutos para abordar la barca.

Pagó el café, echó una última mirada a las piernas de la mujer y salió, procurando conservar cierta dignidad. Caminó hasta el puente, comenzando a llenarse de un sentimiento de vaga y no premeditada euforia.

Era una mañana de primavera, el viento había cesado y el sol caía de lleno sobre la laguna, que brillaba como un diamante.

Aquello era todo lo que quería. Había buscado mucho la transferencia a ese puesto, que sólo había conseguido gracias a su hoja de vida y a amigos influyentes. Había nacido y vivido en Porto Alegre, y, como buena parte de los portoalegrenses, alimentaba una secreta fantasía hacia Florianópolis, sus playas y sus cerros.

En ningún momento sintió decepción. El trabajo era fácil: la burocracia cotidiana con los extranjeros, sellar documentos, certificar que los pasaportes y los vistos buenos estaban al día.

El asunto con ese tal francés sí que se salía un poco de la rutina, pero hasta le servía de pretexto para un revigorizante paseo por la laguna.

La barca de la línea llegó, los pasajeros desembarcaron, y él subió en compañía de una docena de turistas y de habitantes de la Costa de la Lagoa.

La travesía hasta la Costa duraba cuarenta minutos, y allí sólo se llegaba en barca o a pie, por una senda escarpada. Las potentes lanchas particulares, las “voladoras” según los nativos, se tomaban si acaso quince minutos, y pasaban raudas cerca a ellos, levantando olas. Pero él apreciaba esa lentitud. Allí de pie, en la proa, gozando del sol y de la brisa, siguiendo el vuelo circular de las gaviotas, contemplando a los adeptos del *wind surf* con sus enormes velas multicolores pasando al lado de la barca y pensando en lo duro que había sido dejar el cigarrillo al advertir ese deseo que lo asalta de

repente, mientras observa las recién construidas casas de los ricachones invasores manchando el verde de los cerros.

Antes de hablar con la vieja pasaría por el restaurante del Indio y encargaría un almuerzo, tal como le recomendara Tomás, veterano frecuentador de los restaurantes de la Costa.

Camarón, le había dicho Tomás, frito, en salsa, apanado, rebozado, como quieras. Y un mújol frito, que es pescado ahí mismo, frente al restaurante.

Los mújoles saltaban, de trecho en trecho, provocando exclamaciones de los turistas.

La charla con la vieja no tomaría más de algunos minutos. El tal francés había desaparecido, y se le había visto por última vez en la Costa, donde había alquilado un pequeño cuarto de la vieja. Eso era todo. El consulado había insistido, el caso había llegado a su despacho y ahora estaba allí, desembarcando en el trapiche de madera, donde neumáticos viejos servían de amortiguadores para el apoyo de la barca.

Entró al restaurante del Indio, bebió una gaseosa, encargó el almuerzo y averiguó dónde era la casa de Doña Severina. Antes, preguntó por el francés. Sí, le conocían, era un buen chico, permanecía largos ratos con sus libros, le gustaba dar largas caminadas, nunca incomodó a nadie. Desde hacía algunas semanas no lo veían, ya debía haberse marchado.

Caminó varias cuadras constatando, admirado, que por las calles de la villa no circulaban automóviles. Se detuvo ante una casita algo apartada de las demás, a menos de cuatro metros de la orilla de la laguna. Golpeó el portal con la mano.

La vieja era bajita, le daba un poco por encima de su cintura, y lucía encorvada, como si fuera jorobada o tuviera algún grave defecto en la columna.

Lo invitó a entrar, que no se molestara por la simpleza de su vivienda, le ofreció un café que él aceptó, se sentó en la pequeña poltrona forrada de plástico, sintió el olor a frituras que venía de los fondos, oyó ladridos.

El joven se fue, sí, señor, canceló todo correctamente, era un muchacho muy bueno, nunca incomodó.

¿Desapareció? Virgen santa. Nunca le conocí ningún amigo, no señor.

Nunca recibió cartas, no señor.

¿Novias? La vieja soltó una risita maliciosa. Era Joven, ¿no? Joven y bonito.

¿Si alguien vive conmigo? No, señor. Solamente la Inmaculada. Huésped, él fue el último. Y no me vendría mal otro. Mi esperanza es que ya viene el verano, tal vez alguien alquile la piecita.

Hizo algunas preguntas más, sin convicción, mirando a su alrededor y viendo cuadros de familiares en las paredes, un calendario, una imagen de Nuestra Señora de la Concepción.

La vieja tenía frente a ella una almohada con bolillos, y un mantel de encajes aún sin terminar. Posiblemente era ésa su principal fuente de ingresos. Terminó su café, puso el pocillo en la mesita de centro, se levantó.

Me dijo usted que vivía con alguien.

Ella ahora no está.

Bien…

Advirtió que tenía hambre, ya era más de mediodía, había camarones y un mójul esperando a la orilla de la laguna. Eligió una mesa al aire libre, cerca del trapiche, y se distrajo mirando a los turistas, que llegaban en grupos bulliciosos. La comida hacía justicia a su fama, piensa que abusó un poco, se sintió pesado y soñoliento. Tomó un café, pidió la cuenta y preguntó con quién vivía Doña Severina.

Con nadie. Vive sola. Desde hace años vive sola.

Meditó mientras esperaba el vuelto y calculaba cuánto tiempo tendría antes de la próxima barca. Tal vez fuera un detalle sin importancia, pero un francés desaparecido puede traer complicaciones a todo un departamento. Necesitaba hacer un informe. Un detalle así no pasaría inadvertido a los policías del consulado y mucho menos a la embajada.

Volvió a llamar al portón de la casita.

Doña Severina no apareció. Esperó un poco, abrió el portón y avanzó por el pequeño patio. Espió por la puerta entreabierta. Nadie en la sala. Rodeó la casa, se vio de nuevo ante la inmensidad de la laguna, contempló los

parapentes coloreados flotando en el cielo, se acercó a la puerta que debía ser la de la cocina, nadie allí adentro.

Pero había ruidos apagados, algo que crujía.

Introdujo la cabeza en la cocina, una puerta comunicaba con otra habitación. En la penumbra de esa habitación vio un pie, calzado con un botín, que colgaba de una hamaca, y no era el pie de Doña Severina. Era de un hombre, y dormía una siesta pesada.

Volvió usted.

Doña Severina estaba a sus espaldas. Se asustó un poco, y se vio forzado a sonreír.

Debo preguntarle otra cosa más, si no incomodo.

Rodearon la casa, entraron otra vez a la sala, se sentó otra vez en la poltrona forrada de plástico, aceptó el café.

¿Durmiendo en la hamaca? Antonio.

No, él no es un huésped. ¿Más azúcar?

Ah, la Inmaculada. Sólo se aparece de noche.

Me ayuda un poco.

¿Más café? Señor, usted se está poniendo muy blanco.

El baño es aquí al lado. Vaya con toda confianza.

Se levantó maldiciendo el almuerzo, el café, el viento de la laguna que empezaba a soplar. El suelo parecía moverse, se agarró a la puerta del baño para no caer, vio al hombre en la hamaca, enorme, roncando. Un frío lo invadía, un frío enorme, un frío paralizante, y vio cómo su mano se deslizaba lentamente por la puerta del baño. Era patético, pero sintió que iba a desmayarse, abrió la boca para pedir ayuda, pero no logró decir nada.

El suelo se acercó rápidamente a su cabeza y oyó un estruendo mezclado con el grito de las gaviotas.

Abrió muy despacio los ojos, sintiendo alivio, siento la flojera de sus miembros. Estaba recostado en una cama en el cuarto en penumbra, el hombre aún roncaba en la hamaca, a tres pasos de él, pero tuvo la impresión de que había pasado bastante tiempo.

Por la ventana entreabierta vio que el cielo estaba rosado. ¡Ya era el crepúsculo! Movió el rostro. Doña Severina, en la sala, trabajaba en el mantel de encaje, moviendo con habilidad los bolillos. Abrió la boca para llamarla, pero no logró articular ningún sonido. Advirtió que estaba empapado en sudor, y que era un sudor frío, casi helado.

El hombre de la hamaca permanecía inmóvil. Vestía una ropa caqui, gruesa, y sus pesados botines pendían fuera de la hamaca. El hombre se movió. Usaba una chaqueta de cuero, forrada en lana, y una cosa extraña en la cabeza. El hombre se acomodó mejor. Vio entonces, asombrado, que el hombre usaba un capacete de aviador, uno de esos capacetes de pilotos de la Segunda Guerra, con anteojos grandes y correíllas a lado y lado del rostro.

Intentó hablar, intentó moverse, pero sentía una terrible debilidad, que lo dejaba inmóvil e indefenso. Doña Severina tejía su mantel. Un mosquito empezó a revolotear cerca de su cabeza. Una luna enorme, una luna llena, una luna amarilla y amenazadora apareció en la hendija de la ventana y desparramó su luz en la penumbra del cuarto.

El hombre de la hamaca tenía la cara de Saint Exupéry. Nunca se engañaba con un rostro. Sabía que era una simpleza, pero nunca se engañaba con un rostro.

Intentó respirar hondo, intentó con toda calma articular algún sonido y mover al menos un dedo de la mano, pero era imposible. Fue entonces cuando percibió el leve crujido. Una figura reptaba en el suelo.

Doña Severina tejía su encaje. El piloto se movió en la hamaca. Una figura reptaba en el suelo, percibió pequeños brillos que se desplazaban. En la hendija de la luna apareció la cabeza de la cobra. Se arrastró hasta la pierna del piloto, que pendía de la hamaca, y se enroscó en ella, suavemente.

Ahora voy a levantarme, voy a gritar, voy a armar un alboroto, pero seguía paralizado, aterido de frío y empezando a pensar que era hora de despertar de esa pesadilla.

Doña Severina lo miró. Doña Severina dijo, llegó Inmaculada, sin abandonar el tejido de su mantel.

El piloto miró a su alrededor, tal vez sin saber por qué, se había despertado de repente.

¡Debía avisarle, debía avisarle! Con desespero, observaba al inmenso animal, que subía en dirección a la cabeza del piloto.

El piloto siente algo. Eso blando sube por su pierna, sin hacer presión ni vacilar, confiado. La cabeza es delgada y ancha, la lengua pequeña y puntuda, los ojos redondos, fríos, sin expresión. El piloto vaciló un momento entre tener miedo o aceptar al extraño compañero.

¡Cuidado –necesitaba gritar– la cobra! Un estirón, el recoger de la pierna como si un escorpión la hubiera picado, y el pequeño grito. Y, entonces, Inmaculada pasó de la languidez amorosa a la velocidad del cazador saltando sobre la presa.

Subió en el aire oscurecido, alta, curva, y durante segundos que parecen gotas de agua creciendo en la punta de un tanque, se inmovilizó, ahora amenazante.

Bañado en el sudor de su terror, la vio como a un animal de otra época, un dragón acuático, verde oscuro y liso, casi rozando el techo de paja, curvado sobre la hamaca, comenzando a volverse fosfóreo, hinchándose de excitación o maldad o apenas susto. Y vio también el blanco horror del piloto, su contracción, la dentadura postiza que vomitó y el espasmo que lo acometió cuando vio la gran cobra inmóvil en el aire tibio, mirándolo con sus dos ojos perfectamente circulares. La cobra descendió sobre él antes de que pudiera hacer un gesto y lo envolvió en un abrazo apretado. Descubrió que no podía escapar. Descubrió que se orinaba y las vísceras se le aflojaban. Aulló. El piloto aullaba. Inmaculada lanzó con un suave sonido un nuevo abrazo y envolvió el tórax del piloto en un segundo anillo, grueso como un neumático de camión. La cabeza de Inmaculada se irguió amenazadora sobre la cabeza del piloto. El piloto liberó un brazo, el brazo se estiró como catapultado y la gran mano peluda la asió por un palmo debajo de la cabeza. El piloto era fuerte: la mano se aferró como una tenaza a la piel escamosa, el esfuerzo le hacía cambiar de color, los ojos parecían a punto de explotar. Cayeron de la hamaca con un sonido fofo, entremezclados. Inmaculada alivió la presión y el piloto liberó el otro brazo y se desenroscó con agitación histérica, chocó contra la pared y todo el cuarto tembló. Comprendió que no podía hacer absolutamente nada para salvar la vida, a no ser cerrar los ojos y permanecer totalmente inmóvil. El cuerpo vertebrado de Inmaculada apretó la pierna del piloto hasta hacerle

temer que sería triturada y vio al animal erguirse a gran altura y preparar el salto. Estaba de nuevo fosforescente o tal vez fuera la luz de la luna entrando por las hendiduras de la pared. Los insectos de largas alas circulaban alucinados, Inmaculada dio un salto y enlazó la otra pierna. El hombretón cayó con estrépito, aullando otra vez, gritando papá, papá, como un niño, intentando morder la cabeza del bicho que lanzó un nuevo abrazo, aflojó y luego apretó con firmeza haciendo estallar algo dentro del piloto. Ahora aflojó nuevamente, se zafó de la pierna y volvió a dar un largo, silencioso abrazo, descendiendo lentamente en curva, envolvente y vivo, lleno de una energía ávida. El piloto empezó a ser estrangulado. La cobra hizo una nueva presión y otro estallido seco hirió su cerebro. ¡No quería seguir viendo aquello! Escondió la cabeza en el pecho. Inmaculada ahora envolvía, otra vez, y con cierta prisa en los movimientos, las piernas del piloto, haciéndole dar vuelta tras vuelta, ya con el rostro completamente rojo y los ojos desorbitados. Inmaculada fue aflojando la presión, el color rojo fue desapareciendo del rostro del piloto, soltó un brazo, soltó el otro. Abrió un ojo y no lo cree, pero parece que vio un brillo de satisfacción en la mirada del monstruo fosfóreo que susurraba suavemente en la habitación, zafándose del cuerpo del piloto que extendió los brazos ya libres y agarró con sus manos peludas dos palmos debajo de la cabeza sonriente del animal. Inmaculada abrió la boca y todo su largo y pesado cuerpo se contrajo como acumulando fuerzas. Las manos del piloto la levantaban, vagamente verde y vagamente luminosa en la penumbra surcada por grandes insectos y su boca fue creciendo. La vio crecer, paralizado en la cama. Ella abrió la bocaza con un crujir de muelas y la fue abriendo aún más de lo que él podía creer y la lengua puntuda y negra lamió las orejas del piloto y entonces las crujientes mandíbulas se cerraron y engulleron la cabeza erizada. Parecía que el monstruo se devorara a sí mismo. Un silencio absoluto envolvió el cuarto. Escuchó el zumbar de las alas de los insectos y el rumor de las hojas en el matorral distante. El monstruo era un cuerpo circular, grueso y fosforescente, inmovilizado en la penumbra del cuarto. El piloto era aquel cuerpo paralizado por los sucesivos abrazos del monstruo, el tórax jadeante donde el corazón latía apretado y los pulmones no bombeaban el aire. Inmaculada no había utilizado los dientes. Apretaba la cabeza del piloto con los músculos que circundaban su boca. El pilotó comenzó a retirar las manos peludas del cuerpo de Inmaculada y las agitó en el aire, lentas y patéticas y sin uso. E Inmaculada entera se estremeció,

recorrida por un escalofrío, y hubo una vertiginosa sucesión de contracciones, y cada contracción correspondió a un estallido en las piernas del piloto, que se retorció de repente en un furor apopléjico, volvió a aferrar con las manos peludas el cuerpo del animal y empezó a forcejear como si tuviera una estrecha caperuza embutida en la cabeza.

Bañado en el sudor de su terror vio, conmovido, horrorizado, ahogado por los sollozos trancados en su garganta, todo el cuerpo durmiente y helado, en un deslumbramiento vio al piloto arrancar de su cabeza la cabeza del monstruo como un ser que naciera de un parto fantástico. El piloto aspiró el aire y aulló con toda la fuerza de sus pulmones achatados un grito cavernoso y flameante y siguió gritando o tal vez ya no fuera el grito el que seguía resonando en sus oídos sino su propio grito de terror porque la cabeza del piloto había caído flácida hacia un lado aunque continuara emitiendo el resto del grito.

Dejó que su cabeza golpeara contra la baranda de hierro de la cama, exhausta por el horror. Descubrió el silencio de la pieza. Está el zumbar de las alas de los grandes insectos y está la selva inmóvil, plateada por la luna, y susurrando intrigas de lechuza a lechuza y de rama a rama. Está, todavía, el batir del corazón y el indiferente mosquito que busca con insistencia un blanco para su ávida aguja. Imaginó al animal (la cobra) tornándose más brillante, casi azul, e imaginó que sube de nuevo en el aire quieto. Una gota de sudor resbala por su frente, sabe cuando cae al suelo. El piloto está callado. Todo respira jadeante.

Una vez al año hay un crepúsculo en Porto Alegre que es el más bello de todos los crepúsculos habidos y por haber en el planeta y concibió para sí la pequeña leyenda de que el día que viera ese crepúsculo sentado en un banco de la Plaza Argentina y tuviera el valor de escoger ese crepúsculo como el más bello crepúsculo jamás habido sería honrado con un gracia y se volvería poderoso.

Ya escogió ese crepúsculo y tal vez haya habido un equívoco en la forma como recibió el poder, pues si acaso lo posee aún no descubrió la manera de utilizarlo. Sintió la picadura del mosquito chupando el lóbulo de su oreja derecha. Sintió unas ganas desesperadas de espantarlo, de darle una palmada, de rascarse la zona que latía como un nervio.

Porto Alegre completamente vacía en un jueves lluvioso a las cinco de la tarde. Nadie, ningún carro, ningún ruido a no ser el de la lluvia y el de *mis* pasos. Todos desaparecieron. Subo el cuello de mi impermeable. Miro a mi alrededor imaginando el crepúsculo que se desmaya en mi corazón.

Inmaculada está rodeando de nuevo el tórax del piloto y ahora lo comprime.

Cierra los ojos al mismo tiempo en que estallan las costillas. Inmaculada abre la gran boca con el crujir de muelas y la cierra suavemente sobre el rostro destrozado del piloto, sin hacer ningún movimiento brusco, sino con cierto cuidado y atención. Dio otras dos vueltas al cuerpo y de repente se contrajo en un imperceptible espasmo, triturando como en una piedra de molino los huesos de las piernas del piloto. Durante un largo rato permaneció inmóvil. El aura fosforescente se fue tornando más débil, el tono azulado fue dando lugar a una blancura menor y más fría, y el silencio fue restableciendo un orden nuevo y sosegado en el ámbito aún trémulo de la habitación.

Había larguísimos intervalos de silencio, cortados por el discreto estallar de huesos cuando Inmaculada acomodaba sus anillos mediante leves estremecimientos que se propagaban como una ola.

Doña Severina seguía tejiendo su mantel.

Se acordó de la mujer de ojos verdes que había encontrado esa mañana en el café y entonces alejó todo pensamiento de la cabeza mientras miraba los extraños y enigmáticos dibujos que la luna llena trazaba en la pared de bambú y mientras la dimensión de su odio por el minúsculo vampiro que daba vueltas en torno de su oreja crecía y mientras un pequeño lagarto verde estiraba la rápida lengua en dirección a los insectos, los agarraba y los engullía con un gesto de deleite.

¿O no?

Adriana Lunardi

Soñadora*

**Sonhadora*.
Traducción de Elkin Obregón

El faro que hasta hace poco derrotaba las tinieblas, extendiendo los largos brazos hacia los navíos más distantes para traerlos de regreso al muelle, gira ahora como un borracho sin gracia. El foco ambulante, recto como un deseo, palidece y cae en el vacío de la aurora.

Ecos de la borrasca que barrió el mar abierto durante la madrugada llegan a las playas. Las olas lanzan un humor de resaca sobre las piedras, engullendo gruesas camadas de arena y tufos de vegetación. Hacia los lados del continente, el cielo nocturno retrocede, acosado por la luz de la mañana. Sobre la bahía de Babitonga, la bruma de julio anula definiciones. Tierra y mar, península y continente, todo se esfuma en el velo vaporoso y glauco que enmascara la agonía del faro. Acostumbrados a leer las nubes, los pescadores se tomarán el día para desembarazar redes y hacer reparaciones en sus barcas. El invierno es la estación de la paciencia, aprendieron desde niños. Y saben que tendrán que guardar mucha templanza, hoy, pues son las corrientes frías las que traen los cardúmenes más maduros.

En la zona portuaria, la humedad es visible en todos los maderámenes. Barcos, combeses y almacenes están encharcados de sereno y de mal tiempo. Un guardia nocturno, sin función más importante que la de conservar el empleo, duerme un sueño pesado bajo el ala del sombrero. El gozque lo acompaña, hasta en el sueño es fiel a su dueño. El único movimiento allí es el de las gaviotas, que sumergen las patas y el pico en las aguas heladas.

Subiendo la calle de piedra lavada, se entra al corazón de la aldea. Una cruz de madera apunta al sur y al norte, mostrando de dónde vienen los vientos, e indica el fondo incógnito de la tierra –a donde iremos todos–, y también el firmamento, que pocas almas alcanzarán.

En la iglesia Matriz, la campana comienza a llamar a maitines. Impulsada por manos poco adiestradas, el badajo choca contra el bronce sin inspiración musical ni mística. Es la única señal de que la aldea despertó, ésta y la humareda solitaria que escapa de una chimenea, subiendo valiente por los aires hasta mezclarse con el manto lechoso que flota sobre los tejados ennegrecidos.

Ningún color participa del paisaje. Si fuera verano, San Francisco estaría anclada en el azul. El sol subrayaría el tono ferruginoso de los barcos y animaría el rojo de los racimos que estallan entre el verde aireado de los flamboyants. Por ahora, la isla se cierra en un gótico rudimentario, adecuado al paraíso de sirenas y tritones que suben a la superficie en los días nublados, según las leyendas de la población.

María Preta se bendice. Espía el pueblo a través de la ventana empañada por el vapor. Día aciago, dice para sí misma, dando la espalda al paisaje. Al voltearse, tropieza con el balde donde se acumulan cenizas de tizones muertos. Mala suerte, repite, paralizada por las señales. Izidia entra a la cocina, los ojos enrojecidos de sueño, el delantal blanco aún sin atar. Pregunta si el agua ya hirvió, y abre la tapa de la tetera. Murmurando una respuesta evasiva, María Preta trata de avivar el fuego con pedazos de leña. Hace semanas que el fuego permanece siempre encendido. A la patrona le ha dado por pasar las noches en claro, dibujando, sin importarle si la luz es poca o el frío extremo.

En la sala, Julia oye el repicar de la campana y suspende la crayola en el aire. Si para otros enfermos la llegada de la mañana es un aliento, en ella anuncia horas de terror, palpitaciones descontroladas, fugas de conciencia.

Es hora de un descanso, admite ella, a su pesar. Acerca el rostro hasta un palmo de la página, como si la oliera. Las manos abiertas inspeccionan la superficie recamada de cera hasta concluir que se llenaron las zonas apropiadas. Detestaría haber sobrepasado los límites del dibujo por descuido o falta de pericia, sobre todo ahora, cuando está casi listo. Acaricia por última vez el papel brillante y sonríe, misteriosa.

Usando los pulgares y los índices a modo de pinza, toma las dos puntas inferiores del papel y las une a las puntas superiores, haciendo que el dibujo se doble gentilmente sobre sí mismo. Tanteando, encuentra el tubo de goma arábiga y lo cierra con diligencia. Comprueba que al lado estén las tijeras y

las hojas de seda. El orden del material es esencial para ella, aunque hace muchos años que nadie entra en aquella habitación, amenazando cambiar de sitio las cosas. Izidia y María Preta no cuentan. Son las primeras en preservar ese sagrario, robándose a sí mismas el tiempo para limpiar y sacudir, oficios que siempre han ejercido con esmero y aplomo.

Julia empuja hacia atrás la silla de imbuía. Cada día se siente más pesada. El esfuerzo de levantarse también es costoso. Los pies están dormidos a causa del frío y la espalda se ha puesto tiesa tras una noche entera inclinada sobre la mesa. Es necesaria una ayuda.

Antes incluso de que se la llame, Izidia anuncia que está en la habitación, puntual como los deseos de la patrona. Siempre que entra allí, la vieja gobernanta se detiene, como hipnotizada, ante las gigantescas ilustraciones que forran las paredes de arriba abajo y transforman la sala en una colección de imágenes. Elige una, atraída por el color vibrante o por el tema retratado. Observa. Poco a poco el dibujo le va despertando recuerdos. Un lugar visitado, una historia oída en la infancia o incluso uno de esos sueños que perduran hasta que el día empieza a clarear. Pasan por su mente palabras, elevadas como oraciones, sin ser oraciones. Al principio, le hacía gracia, juzgaba una especie de sonambulismo esa sensación extraña de quedarse ausente, recordando cosas que habían existido y cosas que no. Podría pasarse el día así, contándose a sí misma lo que sucede en aquel universo de papel, olvidada de sus obligaciones. Izidia se acuerda del primer cuadro, colgado años antes. Había entrado a la habitación, así como hoy, para ofrecer un té a la patrona. Encontró a Julia metida entre papeles coloreados, cintas doradas, tubos de tinta. Sobre la mesa, recortaba pequeños pedazos de paño para abastecer de cortinas el inmenso caserón que se erguía en medio de una cerca de arbustos vivos. En primer plano, un jardín de vivísimos colores parecía saltar del cuadro. Decenas de flores de papel de seda habían sido dobladas y después aplicadas, una a una, con el fin de dar volumen y relieve al conjunto.

Encantadas como ante un pesebre, Izidia y después María Preta alternaron exclamaciones.

Es el escenario de la novela que escribiré, explicaba la patrona, indicando el sitio exacto donde debía colgarse el cuadro.

¿Un escenario, como en el teatro? preguntó María Preta, los ojos ansiosos de entendimiento, divididos entre apreciar el cuadro y alcanzar el material a la compañera que, desde lo alto de una escalera, fijaba con tachuelas el borde del papel.

Excitada, la patrona no prestaba atención a los anhelos de María Preta. Se desplazaba de un lado a otro, como si fuera a redecorar la casa entera. Transformaré este lugar en un estudio, decía, vislumbrando una nueva función para la sala, donde hacía tiempos no se efectuaba una recepción. La última había sido el velorio del comendador. Desde entonces, las cortinas se habían cerrado, la lámpara central no se encendía y hasta la platería había perdido el brillo. Viuda, Julia ya no circulaba entre convidados, haciéndolos suspirar de orgullo por verse en la compañía de persona tan famosa en toda la provincia. Desde Destierro hasta la intendencia de Paraná eran bien conocidas las excentricidades de doña Julia da Costa.

¡Una poetisa! ¡De versos publicados en libro! Se decía en tono a veces admirativo, a veces insinuando la inmoralidad de la artista, siempre vestida de blanco, los labios escarlatas y, osadía mayor, los cabellos teñidos de negro.

Mezclado a la fama conquistada en los periódicos y en los salones, se oía un relato susurrado que aún hoy medra como tema de bailes y llega hasta las cocinas. Julia tuvo un amor y había sido abandonada; era un tal Carvolina. A causa del desamor, se había convertido en ese volcán en medio de la nieve, explicaban algunos, intentando justificar la personalidad feérica que, apostaban, irrumpiría un día y lo asolaría todo con su lava hirviente.

Sin saber más que otros de cuánto de verídico había en esas murmuraciones, Izidia vuelve los ojos hacia aquella mujer marchita, que mezcla ideas como mezcla tintas, y empequeñece cada día, perdiéndose entre los brocados del vestido. ¿Cuál de ellas vino a dar en esto? se pregunta la empleada. ¿La Julia herida de muerte por el joven poeta, o la que había decidido alejarse del mundo y vivir para la escritura?

El poeta necesita experimentar un poco de todo –incluyendo el dolor–, porque, en su fuero íntimo, lo que importa es alimentar su poesía, siempre había oído que respondía su patrona al marido, cuando él le pedía menos

entusiasmo en las opiniones y menos exceso en las melancolías que sucedían a las noches de fiesta.

Un pájaro desplumado es lo que ella recuerda, se apiada la gobernanta, sin poder encontrar una línea recta entre la patrona y los cuadros vivaces, llenos de color, que siguen multiplicándose mágicamente en sus manos, sin dejar siquiera un pedazo desnudo para mostrar el color original de las paredes.

Es verdad, la razón acude a Izidia, haciendo que el alma vigilante se imponga sobre la que divaga.

Doña Julia, ¿qué vamos a hacer con este último dibujo? En la sala ya no hay más espacio.

Lo pensaremos después. Ahora, ayúdame aquí, oyó como respuesta, antes de correr hasta la patrona y prestarle fuerzas para ayudarla a ponerse en pie.

No me siento nada bien, Izidia.

Es este clima. Vamos, vamos a calentarnos.

¿Qué día es hoy?

Señora, ¿cuál es la diferencia? Hace ocho años que usted no sale de casa, cambia la noche por el día, ya no ve a nadie.

¿Cómo está el día?

Feo. Cerrado.

Muy bueno.

¿Bueno? ¿Para qué?

Para el último día. Hay siempre un último día, Izidia. En las historias, en la vida. El mío, bien podría ser hoy.

Acostumbrada a las rarezas de la patrona, la empleada la reprende, simulando disgusto, aunque no sin pensar que podría caber una verdad en lo que oía.

No diga bobadas, doña Julia. Lo que la señora necesita es descanso y un buen café caliente.

Las dos avanzan despacio, Izidia maniobrando para no tropezar en la tapicería que forra de papel todas las paredes. Apoyada en su brazo, Julia se detiene, como si oyera algo.

¿Estamos delante de cuál?

El de la torre.

Descríbemelo, Izidia.

Está bien, sentémonos aquí, en la poltrona. Es preciso cambiar las medias por otras más calientes.

Julia obedece. Después de dejarse caer en el asiento blando, siente que sus pies son rápidamente desnudados y luego recubiertos. En seguida, una colcha de lana se extiende suavemente sobre ella.

La torre es alta –comienza Izidia–, casi toca el cielo, pintado de añil, me parece.

Cerúleo, corrige la patrona, el color de algunos días de otoño. Aquí comienza mi historia. Es domingo. La iglesia está llena. Todos los que hay allí son viejos conocidos, por eso las muchachas se codean, curiosas, preguntándose las unas a las otras quién es el joven extraño de la tercera fila. Al llegar a Lucía –nuestra protagonista– el turno de reparar en el desconocido, la madre, que todo lo percibe, pide discreción. Obediente, Lucía vuelve sus ojos al misal, y sigue el coro de las oraciones. A la salida, no obstante, la oportunidad de ver al extranjero resurge, gracias a un accidente fortuito. Un jinete, novato, ha perdido el control de su caballo, que relincha, aturdido, amenazando invadir el atrio de la casa parroquial. El pequeño espectáculo atrae la atención general. Mientras los hombres intentan ayudar, las mujeres, impresionadas por la violencia, se toman de las manos y reprimen ayes debajo de sus rebozos. Y es allí, en medio de aquella confusión, cuando Lucía ve a José y José ve a Lucía, por primera vez. Son los únicos ajenos al episodio que animará las conversaciones del final del día. Se preocupan apenas en saber si se causaron una mutua impresión.

Julia calla, de repente. Parece distraerse, o dormitar. Pero se aclara la garganta y pregunta qué cuadro viene en seguida.

Los sobres de donde salen pedazos de papeles de colores.

Son poemas, los muchos que José y Lucía se envían, y también partituras escritas para ella. En la secuencia, hay una escena campestre, donde describiré el paseo en el que se cambiaron promesas de amor eterno.

¿Es aquél, el de los baúles y maletas sobre un tapete de cintas?

Es el día en que José se marcha. El mar está tan verde que parece un prado. La madre de Lucía la encierra en casa, pero ella puede ver al amado por última vez, cuando pasa bajo la ventana del caserón. Con los hombros curvados, José lleva en las manos la maleta casi vacía, que mece de una lado a otro, como si saltara. Atrás de los postigos, Lucía presencia todo con los ojos secos. Pero las lágrimas resbalan por sus poros, en un sudor febril, y ella entiende que su vida ya no le pertenece: partió, acomodada junto a la pobreza, único bien que José lleva en su equipaje.

En ese momento de la narración, María Preta se une al grupo. Trae café y pan recién horneado, que deposita en el aparador. La espontaneidad propia de la juventud le permite indagar a la patrona abiertamente en cuanto a los planes para el libro. Por ejemplo, ¿qué quiere decir ese buqué sobre la cama?

Izidia, sintiéndose más responsable después de la invasión de la compañera, sugiere a la patrona que descanse. Quiere persuadirla de que vaya a su cuarto, pero Julia se afirma en la poltrona. Izidia suspira, cediendo a esa obstinada resistencia. Con el dedo en ristre, Julia da seguimiento a esa novela que nunca será escrita.

Es el buqué del matrimonio de Lucía, que desposó a un comerciante rico, influyente, y treinta años mayor que ella. Lo aceptó tras oír noticias del noviazgo de José, en Destierro. Fíjense en las flores coloreadas que se extienden, acentuando el blanco de los pañuelos. El capítulo revelará la combinación entre los contrayentes a la hora del convenio matrimonial.

Julia hace una pausa deliberada, auscultando la atención de las oyentes.

María Preta es la más curiosa:

¿Qué combinación?

Una exigencia, corrige Julia. Lucía le hace jurar a su futuro marido que no la tocará, ni esa noche, ni en ninguna otra.

¿Nunca, doña Julia? María Preta se ruboriza, al preguntar. Es decir, ¿ella sigue pura, aunque esté casada?

Sí, se guarda. Mi personaje no puede transfigurar el deseo en acuerdos espurios, como un matrimonio de conveniencia. El cuerpo es demasiado sagrado para eso. Lucía informó a su marido que sólo le interesaban las cosas del espíritu.

¿Y él aceptó?

El comerciante tenía sus razones. Confiaba, sin embargo, en la suavidad de los elogios y en la seducción de los mimos.

¿Fueron felices? María Preta sigue indagando, las manos apoyadas en el repostero, dispuesta a testificar los nuevos caminos de aquella historia.

Julia niega, primero con la cabeza, después verbalmente. Nunca. Lucía apenas si toleraba al marido. Cumplía el papel de anfitriona dedicada, organizando saraos célebres en los que se discutía tanto de política como de poesía. Pero el amor seguía latiendo en sus poemas y en las noches insomnes. En sociedad, Lucía era una, y otra en las horas de silencio. Cuatro años más tarde, José retorna. Está solo, sin compromisos. Le basta a ella oír el nombre bendito y la vida se yergue de su tumba mal cerrada. En un baile, los dos quedan frente a frente. Son presentados, como si nunca se hubieran visto. José deja que sus labios se demoren en las falanges blancas de Lucía, que siente que su pecho se rebela, no sabe si de odio o de nostalgia.

Aún soy tuya, murmura ella, mareada por el éxtasis, y le entrega lo rosa que trae en el regazo, cuando el vals los empuja hacia lados opuestos.

Las cartas entre ellos vuelven a circular. Lucía las guarda escondidas entre el seno y el vestido; escribe casi todos los días páginas de amor y de celos, que el amante busca en lugares secretos. En casa, los pretextos comienzan a agotarse, la vigilancia crece. El comerciante, presintiendo ausencias, trata de excederse en los cariños y prodigarse en los obsequios. Pero es como si la mujer se le escapara por entre los dedos, diáfana y esquiva. Lucía padece la aflicción de los triángulos y corre los riesgos del adulterio. En un acto extremo, le propone a José que huyan. Es allí donde irían a vivir –el brazo de Julia se alza, apuntando al sur–. Si no me engaño, está retratado en el cuadro junto a la cortina.

Las dos empleadas se dan vuelta, seguras de que verán un lugar romántico, un castillo.

¿En medio de la selva? Protesta María Preta, decepcionada.

Julia sonríe, indulgente.

¡Qué importa dónde! Se irían al bosque, a una playa desierta, al fin del mundo, a donde fuera. Había deseo y había amor para ir incluso más lejos.

¿Y fueron?

En ese punto de la narración, Izidia, que se había conmovido con el relato, ya intuye la arqueología, la camada biográfica debajo de aquellas fantasías. Se levanta y dice a María Preta que es hora de preparar el almuerzo. Contrariada, la joven deja la sala, torciendo una servilleta, que bien podría ser el cuello de Izidia.

Vamos, doña Julia, ahora descanse un poco.

Todavía no terminé. Por favor, no me dejes morir sin terminar mi obra.

La señora no va a morir. No ahora.

Sí, Izidia, voy a morir. Tú no puedes advertirlo, pero a cada tres latidos dentro de mi pecho siento un salto. Mi corazón perdió los frenos. En cualquier momento se dispara o revienta.

El médico le recetó unas píldoras, voy a buscarlas.

Julia medita en silencio. Después de tanto tiempo ciega, aún no ha perdido el hábito de buscar con los ojos. Se sabe de memoria cada imagen y el lugar en que está, pero no puede ver el brillo festivo de los cuadros que fabrica. Primero, perdió la noción de las formas, después los colores comenzaron a esfumarse. Una neblina espesa la separó para siempre de las cosas tangibles. Tuvo que aprender a mirar de nuevo, esta vez usando el tacto. Su suerte era la disciplina de las manos, heredada del piano. Llegó a la conclusión de que los gestos conservan la memoria con mayor integridad. Tal vez por eso logra todavía dibujar. No ocurre lo mismo con las palabras. Para escribir en prosa lo que está dicho en sus dibujos, tendría que valerse de una mano ajena. Aunque tenga a su lado dos pares ansiosas de brindarle comodidad y ayuda, las manos de Izidia y María Preta son patéticamente silvestres para las letras.

Las tres somos ciegas, acepta Julia haciendo una mueca.

No hay ya nada que esperar. Orientada por la memoria, se dirige al cuadro que exhibe un navío de pasajeros listo para partir. Figuras mínimas se agrupan alrededor de la escala móvil, que aún comunica al barco con el muelle. En medio de la claridad de la sala, Julia avanza como quien anda en la oscuridad, con pasos vacilantes y los brazos tendidos al vacío.

Toca la hoja lustrosa del papel y sonríe al reconocer su propia obra. Con la punta de los dedos, sigue el trazo del carboncillo que sube, peldaño a peldaño, nudo a nudo, hasta llegar a la proa de la embarcación. En el combés, alto como una estrella, el hombre la espera con flores en la mano. A lo lejos, ella escucha el resueno de un pito y siente la brisa soplar ligera, haciéndola temblar, no sabría decir con certeza si de emoción o de frío. Quitándose el sombrero, el joven la toma de la mano hasta que ella se siente firme en los tablones de la cubierta. El suelo se estremece, él le dice, no te asustes, es sólo el motor que hace mover el agua. Y le entrega el ramo, que Julia arroja al mar, dejando que las flores se dispersen.

Al entrar a la sala, Izidia encuentra a la patrona caída en el suelo, cubierta por un cuadro con el que, sin duda, había tratado de protegerse. A los gritos, llama a María Preta, que le ayuda a llevar a la patrona al sofá.

Las dos le toman el pulso, intentan oír el corazón, y finalmente se miran, admitiendo con espanto que nada se oye. El silencio expone la gravedad de la hora. María Preta lo rompe con un sollozo, repitiendo: se fue la señora, se fue la señora. Izidia, más acuciosa, pone a trabajar a su amiga. Le ordena que vaya a llamar un sacerdote, aunque su presencia ya no será necesaria. A solas con la muerta, dobla los brazos de Julia en cruz y, entonces, libera sus lágrimas. No sabe qué rumbo tomar ahora. ¿Qué será de ella, de María Preta, de la casa, de los cuadros? Mira a su alrededor, se aparta del cuerpo de la patrona y recoge la pintura que yace en el suelo, advirtiendo que necesita ser reparado. Logra ver más cosas allí, esta vez, como si todo encajara. La secuencia de escenas es la historia de la patrona, su tragedia contada desde el comienzo; un libro que Julia no escribió, pero que ella, Izidia, puede ahora leer con claridad.

Al acomodar el cuadro rasgado sobre la mesa, repara en el dibujo en el que hasta hace poco trabajaba la patrona. Con reverencia, separa las puntas del cuadro, que se abre, generoso.

En la seda púrpura del papel, los trazos del océano y del cielo indican tempestad. Un pequeño navío, plantado en mitad de dos olas tan altas como él, está a la deriva. Falta poco para que naufrague, podría decirse. En la orilla izquierda de la página, no obstante, un faro lanza sus largos brazos en dirección al mar. La luz disipa las tinieblas y, fuerte como un deseo, hace creer que llevará con seguridad al barco rumbo al mar abierto.

Vísperas (2002)